

* * Suscripción * *

MADRID Y PROVINCIAS

Semestre... 2,60 ptas.

Año..... 5,00 id.

* * * * * EXTRANJERO

Semestre..... 3 ptas.

Año..... 6 id.

A los vendedores y co-

responsales, 25 ejem-

:: plares 75 céntimos ::

Número atrasado 10 centimos.

Se publica los sábados.

Número del día 5 céntimos.

AÑO II

No se devuelven los artículos y fotografías que nos manden espontáneamente y no se publiquen.

Madrid, 16 Noviembre de 1912

Toda la correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR-PROPIETARIO

Núm. 88

La Monarquía

Director-Propietario: BENIGNO VARELA

Redacción * * * *

* * y Administración

* * Corredora, 21 * *

TELEFONO 3.415

APARTADO 408

Los giros á cargo del

suscriptor * Tarifa de

anuncios en la octava

* * * plana * * *

* Pagos adelantados *

Los españoles patriotas, deben caminar por la ruta viril que señala el Rey

CANALEJAS

Muy joven, recién llegado al Parlamento, las primeras palabras de Canalejas son un himno á la piedad. Olvidado en su prisión Salvoechea, aquella elocuencia que amanece esplendorosa, conmueve los corazones hablando de una larga tristeza. Y Salvoechea es indultado. Desde aquel día Canalejas consagra su vida y su genio oratorio á la causa popular. Es el apóstol de la libertad religiosa; el propagandista del sufragio democrático; el defensor ardoroso del servicio militar igualatorio; el hombre político «único» que comparte con los soldados de Cuba las terribles penalidades de la manigua; el ex ministro que renuncia su cesantía para socorrer á un grupo de heridos repatriados; el gobernante que proyecta el Instituto del Trabajo, como un organismo poderoso y cristiano de reparadora acción social; el reformador, de entrañas estrechadas, que frente al infortunio campesino pronuncia la palabra latifundio como quien abre un horizonte nuevo al dolor antiguo... ¡Inútil derroche de corazón! Su espíritu generoso fué el grano de mostaza que cayó sobre piedra, y no en la tierra fecunda de que habla el Evangelio... Pero, ¡también germinará! Sin estos hombres que despiden luz y calor que, sin lanza ni rodela, luchan por el bien y la justicia, y que á los rugidos del odio responden con las bendiciones del amor, la fiera humana, apenas contenida por un aire de civilización, regresaría al cubil lanzándose á una eterna noche de instinto. De estos sacrificios, de estos ejemplos que son como las cumbres luminosas de la redentora ascensión moral, surgen la emulación y la enseñanza alentadora, y poco á poco los vencidos son victoriosos y los «muertos vuelven». Canalejas es de estos últimos. Un poco de tierra no sepulta una gran cantidad de amor, de genio y de gloria.

Julio Burell.

¿Por qué?...

Los compañeros de LA MONARQUÍA me requieren cariñosamente para decir algo de Canalejas. ¿Cómo desairar á estos batalladores paladines del régimen? Todo me invita á ser explícito; la procedencia del ruego, la causa que lo motiva y mi adhesión al gran muerto. Pero ¿qué decir?

La tumba de Canalejas está aún entreabierta. En el Parlamento no se han apagado las resonancias triunfales de su verbo. En la calle el aura popular sigue pregonando su nombre con dolientes acentos. Sus amigos estamos todavía dominados por el estupor que deja en los seres humanos el espectáculo de la muerte.

¿Cómo escribir en estas circunstancias? La consternación nos embarga y nos cohibe. No nos es posible el pensar en él serenamente. El

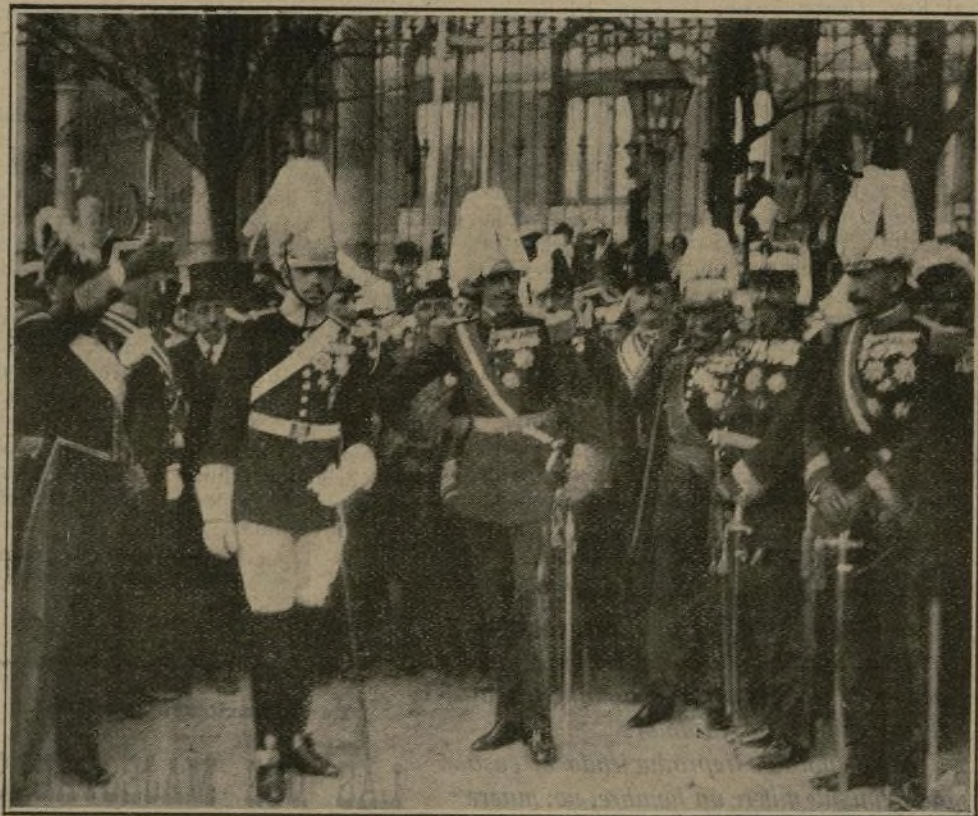
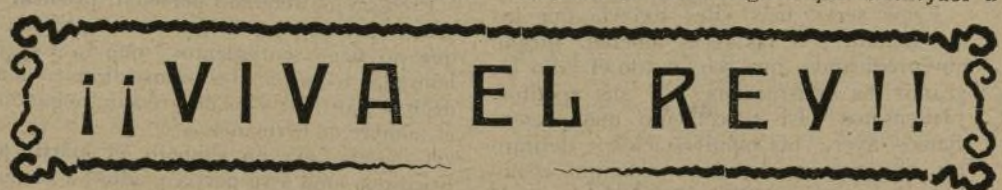
sentido crítico, ofuscado por la emoción no puede enjuiciar. Para hablar del hombre me falta libertad de espíritu. Para definir al estadista es temprano. No es prematuro, sin embargo, el formular una afirmación: la Monar-

quía ha perdido con Canalejas su más firme puntal político.

Ese Rey nuestro, tan gallardo y tan amado del pueblo, sabía que entre sus hombres de gobierno no había ninguno que aventajase á

Canalejas en agilidad de inteligencia, en poderío de doctrina. Era tan fértil de recursos que, sin abdicar ningún principio fundamental, reconciliaba las pasiones de la calle con las severidades de la disciplina política. Su obra de gobernante ha sido esa; democratizar la Monarquía, poner al Rey al habla con el pueblo. Por eso ha consternado su muerte. Recordando la noble orientación de su espíritu, nos preguntamos con dolorido asombro: ¿por qué?..

Manuel Bueno.



«He jurado servir á mi patria, y ya pueden cometerse atentados. Mientras me quede una gota de sangre en las venas, nada me arredrará, y he de permanecer en mi puesto cumpliendo mi deber.»

Estas bravas manifestaciones del Monarca español, son capaces de levantar al espíritu más débil. Los pueblos que son regidos por Soberanos como Don Alfonso XIII han de caminar siempre triunfadores. La juventud nacional, culta, honrada y valiente, que maldice á los propagandistas e inductores de las ideas destructoras, se ha de agrupar en torno de nuestro Rey. Don Alfonso XIII, con su mocedad briosa, con su amor á la Patria, nos da el ejemplo. Juremos también nosotros defender á la Nación y al Soberano mientras nos reste sangre en las venas. Y, con nuestros entusiasmos juveniles, procuremos engrandecer á la Patria, gritando: ¡Viva el Rey!

En el próximo número publicaremos un artículo de BENIGNO VARELA titulado:

«LLAMADA

Teniendo los españoles un Rey así...»

LO QUE INTENTAN

La muerte del Sr. Canalejas constituye una verdadera desgracia nacional.

Las cualidades de caballero, culto, orador de palabra mágica, hacían de él una de las glorias de España. Está visto que los que atentan contra el orden social, intentan, lo primero, destruir las eminencias.

Marqués de Portago.

14 Noviembre 1912.

Una adhesión valiosa

Enteramente de acuerdo con cuanto realicen en honor y memoria de D. José Canalejas.

Manuel Allendesalazar.

CANALEJAS

Vivió para la humanidad y para la Patria, haciendo el bien. Fué el primer hombre de Estado de su época y el más bueno. Su muerte alevosa é infame es pérdida irreparable para España, una desgracia nacional, La historia le hará justicia.

José Pidal.

El patriotismo de Canalejas

Varios periódicos han reproducido parte de una cláusula del testamento abierto, que otorgó Canalejas en 1897 cuando se disponía á emprender su viaje á los Estados Unidos y á Cuba, referente á diez y ocho pensiones para soldados inutilizados en la guerra que sosteníamos en la Gran Antilla. Dicha cláusula se completa añadiendo, que estas pensiones hacía tiempo que las había instituido y continuaba satisfaciéndolas, y en el testamento sólo pretendía confirmarlas, transmitiendo al espíritu de sus herederos, á quienes tan mercedado por su desprendimiento, había de llegar su patriotismo, su amor inextinguible al ejército de la patria, predicando con el ejemplo, la sinceridad de aquel previsor cueste lo que cueste, que recogido á tiempo, hubiera sido el verdadero presupuesto de la paz, y evitado á la patria días de tristeza y amargura.

Valentin Gavarre.

14-11 de 1912.

Una gloria que la Patria perdió

Es aún muy pronto para emitir un juicio definitivo sobre la obra política del señor Canalejas, arrancado a la vida por un asesinato infame, contra el que protesta y protestará siempre quien sienta el más pequeño latir de la conciencia.

Quizás dentro de breves días, hechos nuevos o no suficientemente conocidos, proyecten mayor luz que permita ver en toda su intensidad cuanto quepa atribuir al señor Canalejas en sus tareas como gobernante, y dibujarse el exacto relieve de su figura de hombre público, que en todo caso ha de ser extraordinario.

Reunía, en efecto, D. José Canalejas condiciones superiores de eximia inteligencia, acrecentada con continuos estudios en diversos ramos del saber, siéndole familiares la Literatura, en que se distinguió desde sus primeros años; el Derecho privado y público, la Economía política, la Sociología, á que le llevaban sus aficiones de estadista, y en todos ellos llegó á las cumbres; dominando las Academias, el Foro y la Tribuna parlamentaria, donde se extendía con fulgurante esplendor su elocuencia realmente portentosa.

Por tan relevantes cualidades, hasta los que estábamos lejos de compartir sus opiniones le considerábamos como una gloria de la Patria, á la cual estaba en situación de prestar grandes servicios, utilizando aquellas privilegiadas dotes en bien de la misma, con su prodigiosa é incansable actividad, para la que no había trabajo suficiente, y la fecundidad de su entendimiento llegado á su entera plenitud, cortada en mal hora por el crimen que execramos.

Faustino Rodríguez San Pedro.

En los primeros instantes de dolor

Hube de visitar á Canalejas en las primeras horas de esta mañana y escuché de sus labios, en primer término, la exposición amarga de la triste génesis psíquica y la admirable glosa de la oración parlamentaria sin igual que pronunció en la sesión del Congreso ayer lunes, como resumen de cuanto se dijo y proyectó decir con motivo de la discusión del Presupuesto de liquidación; oración modelo del bien decir y en la que irán á inspirarse en lo sucesivo cuantos hayan de expresar cómo deben desempeñarse las altas funciones de Estado.

Le oí también exponer ante mí cariñosa atención, con acentos inspirados, sus patrióticos proyectos de Gobierno para un porvenir próximo si continuaba gozando de la confianza de las Cortes y mereciendo la del Rey, y admiré una vez más la grandeza de su alma y la de sus concepciones políticas de profundo pensador...

El tributo mayor que podemos rendir los monárquicos liberales á su memoria es sacrificar nuestras pasiones en el altar de la Patria y de nuestras ideas.

Fermin Calbetón.

Víctima de su deber.

Talento, cultura, espíritu, democracia, hombre de Gobierno, eso fué Canalejas; pero su nota dominante, el símbolo de su personalidad, lo que subyugaba era su elocuencia cálida, fogosa, tribunicia, que siempre puso al servicio de las libertades, del progreso y de la democracia, y que en la última época de su vida consagró en cumplimiento de altos deberes á la defensa del orden, de la moralidad de la Patria y de la Monarquía.

Ha muerto víctima de su deber y á manos de las mismas que quería redimir, de las que sólo respetan á los «tribunos» que predicaban el odio, el asesinato y el pillaje.

Canalejas era un dique inexpugnable, una fortaleza contra sus propagandas, no solamente por ser una mentalidad suprema, sino porque era un hombre que inspiraba afecto á su Patria.

Era un sano, un hombre temible en sus

aspectos político y particular para los fines que persiguen los que le asesinaron.

He ahí el secreto de su muerte.

Eduardo Vincenti.

Ultraje á la libertad

El hombre de entendimiento poderoso, de cultura intensísima, de elocuencia maravillosa, de carácter afable, de amplio y generoso espíritu; el demócrata convencido, el que veía en los desheredados á sus hermanos, y por amañar las desventuras que sobre ellos pesaban trabajó sin descanso; el que no sabía odiar ha caído, en pleno día y en el centro de Madrid, muerto alevosamente por un malvado á quien, seguramente, sugestionaron lecturas malsanas, propagandas inicuas y manifestaciones infames de los que sin fósforo en el cerebro, sin bagaje científico y sin grandeza en el alma, creen que todo el problema social, se reduce á la brutal lucha de clases é incapaces de buscar inspiración en aquellas elevadas regiones donde el pensamiento se purifica, se enaltece y se ensancha la búsqueda en las cloacas sociales, nido y albergue de toda mala pasión.

Estos seres, más viles todavía que los que matan, y á las veces mueren, juzgan que predicando, que sembrando el odio lograrán las satisfacciones de sus apetitos. ¡Insensatos! El espectáculo que presenciábamos ayer; las manifestaciones delirantes, entusiastas, clamorosas con que el noble, el honrado pueblo de Madrid saludó al Rey, fueron prueba evidente del horror con que el alma popular rechaza á los criminales y á sus cobardes inductores; pero fueron también una advertencia y una enseñanza para las clases directoras de la sociedad.

El asesinato de D. José Canalejas demuestra que se mata por matar; que ya no es sólo el odio al agente impulsor, sino la envidia, el único vicio sin deleite, según la frase felicísima de Solís, y es preciso que, respetando los derechos del ciudadano y las prescripciones de las leyes, se ponga coto á predicaciones y propagandas que son un ultraje á la libertad y un oprobio para la civilización.

El Barón de Sacro-Lirio.

Madrid 14-11-1912.

DOS MUERTES EN UNA

En lo íntimo del alma, lloro la muerte de Canalejas como una desgracia de familia. Lo saben tan bien los míos, que acabo de recibir carta de un hijo ausente asociándose á mi dolor.

En lo político reproduciendo el caso de Prim no muere un hombre, no: muere un rumbo nacional.

Javier Gómez de la Serna.

LA MUERTE DE CANALEJAS

Don José Canalejas, Don José, nuestro Don José, aquel hombre tan bueno, tan honrado, tan leal, tan caballero, á quien la Patria y el Rey deben tan señalados servicios, ha sido vilmente, cobardemente asesinado. El golpe fulminante, bárbaro, inesperado, salvaje, pudo en el primer momento arrancar lágrimas de piedad y de dolor á la virilidad de mis ojos. Pero repuesto de la emoción honda y sentida, vuelto á mi ecuanimidad, la ira desesperada, esa ira santa y patriótica, que en estos casos se apodera de todas las conciencias honradas, reemplaza con ventaja á la aflicción y el desconsuelo.

Ira contra los que tiran la piedra y esconden la mano; ira contra los propagandistas malditos del atentado personal; ira contra los cobardes inductores al crimen y á la violencia; ira contra los torpes y más que torpes, ineptos, jefes de nuestra Policía; ira contra esa Prensa revolucionaria y antipatriótica, que llama asesinos á los gobernantes que cumplen las leyes, y locos ó irresponsables á los asesinos que matan por la espalda á los gobernantes; ira, en fin, contra todos los que directa ó indirectamente, con campañas populares ó campañas en la sombra, armaron el brazo criminal del miserable Pardiñas.

Ha caído un mártir, mártir excelso de la

Patria y de su lealtad á la causa del Trono y del orden social. El hombre que, sin miedo en el corazón, recoja su programa, y buscando el bien de la Patria y desafiando el arma homicida, proclamando la necesidad, la imperiosa necesidad de librar á España, al Rey y al pueblo de esa canalla que nos corrompe y nos deshonor, venga dispuesto á darles cara y á tenerles campo, ese será mi jefe, y ese será el hombre que el pueblo, el Rey y la Patria demandan.

Alfonso Ruiz de Grijalba.

CRIMEN Y MALDICIÓN

D. José Canalejas ha muerto, ha muerto á manos de un traidor, ha muerto villanamente á manos de un criminal. A manos de Pardiñas. ¡Hijo maldito, maldito en la vida y maldito en la muerte mil veces! Y al hacer tal maldición, extendiendo mi anatema á los engendradores del odio y del crimen.

Si, á todos los que olvidando el amor á la humanidad, amor de que tanto blasonan, prostituyen el ideal, adulteran las ideas y engañan á las muchedumbres haciendo de ellas rebaño de bestias.

Predicar el atentado personal, predicar el crimen; creer que España está podrida y que no tiene sentimientos; que la España honrada, los españoles os maldicen al maldecir á Pardiñas y os desprecian, negándoos el nombre de hermanos.

Canalejas era un símbolo, el mártir político que amó á su patria y adoró á su pueblo; su recuerdo será luz, amor, ciencia, patriotismo; el recuerdo de Ferrer, serán tinieblas, odios, negación de patrias, negación de amores, pues no quiso escuchar el bendito nombre de Padre.

Canalejas deja estela de amor; sus sendas están cuajadas de flores, y sus aromas respiran ciencia y libertad; él y Cánovas se abrazan allá donde todo es paz, y no podrán menos de verter una lágrima: lágrima bendita, has, oh Dios poderoso, que ésta caiga sobre los españoles, haciéndoles despertar.

¡Pardiñas estará en el mismo limbo que Ferrer, que Morral... y su mueca hará estremecer á los hijos que mataron á sus madres, los que al temblar estremecerán al mundo!

Despierta, España, y grita conmigo: Maldito el crimen, maldito el criminal. Salud á nuestro valiente Rey, salud al español. Salud, Patria mía.

Antonio Vera Salas.
Capitán de Infantería.

13 Noviembre 1912.

De un diario sentimental.

LAS DOS MAJESTADES

Madrid 13 de Noviembre de 1912. Día hoy grandioso y memorable en los anales de la Villa y Corte y de la Monarquía española. Tiembla la pluma en los dedos de la emoción que embarga aun el alma y no acierta á expresar los sentimientos que nos ha producido el hecho extraordinario, fantástico, verdaderamente sublime. Pero vayamos por partes, poco á poco y así lograremos ordenar algo nuestros apuntes.

El entierro de D. José Canalejas—bárbaramente asesinado en la Puerta del Sol—fué una solemnidad como nunca he presenciado otra, excepción hecha de la procesión del Congreso Eucarístico y la conducción del cadáver de la señora Infanta Doña María Teresa de su Palacio á la estación del Norte. Desde S. M. el Rey al último artesano, Madrid entero se congregó para acompañar al grande y desdichado político, á cuyo entierro en espíritu asistió toda España y la opinión unánime del extranjero. Estábamos presenciando el magnífico desfile de la guarnición. Todos confundidos: grandes y chicos, Ejército y pueblo, los nombres más conocidos y la masa anónima. A nuestro lado apretujábanse obreros y señores. Estaba mezclado con la multitud—oid, generaciones futuras—nada menos que D. Juan de la Cierva con su íntimo amigo el hidalgo doctor Maestre. Este doctor Maestre, cuya política casi coincide con la del inmenso Cierva no sería imposible que fuera ministro de Instrucción pública con el Sr. Maura. Al pasar las tropas el guardia empujaba á la masa y el Sr. La Cierva, entre ésta, verdaderamente demócrata, era un señor particular

que formaba parte del pueblo. Este gesto del insigne estadista quedó impreso en mi retina y en mi corazón con caracteres tan hondos que no podrá olvidármelo nunca.

De pronto viene Emilio Llasera. Emilio Llasera—este culto, este activo, este inteligentísimo muchacho—es vicepresidente de la Juventud conservadora de Madrid, y tanto por su talento como por su incansable y notabilísimo espíritu organizador merece y tiene las simpatías de todos. Emilio Llasera trae una idea, una iniciativa digna de apoyo y adhesión—como todas sus iniciativas.—Quiere que los miembros de las Juventudes liberal y conservadora, como núcleo, y la multitud que se agregue, sigan el automóvil del Rey hasta Palacio, y frente á los balcones de la Real Casa aclamen á S.S. M.M. y protesten del atentado, tanto en el hecho concreto y tristísimo que lloramos, el asesinato cobarde del Sr. Canalejas, como en su aspecto teórico, como doctrina política expuesta en el Congreso español por un diputado.

Todos reconocemos admirable la iniciativa de Emilio Llasera, y por los grupos vamos divulgándola, publicándola, obteniendo aprobación unánime. Nos despedimos de La Cierva que aprueba, también, el proyecto, y en compacta masa corremos á rodear el automóvil de D. Alfonso, teniendo que imponernos á la policía, que no quería consentirnoslo.

—¡Nosotros queremos escoltar á nuestro Rey...!

Y llegó D. Alfonso, subió al automóvil y entre una ovación indescriptible, inmensa, partió despacio, muy despacio, rodeado de una multitud de jóvenes á los cuales se agregó el pueblo entero, hasta que se despidió de nosotros el Monarca cerca del Botánico, el grupo, aumentándose cada vez más por el Prado, se dirigió á Palacio.

Los «vivas al Rey», «mueran los asesinos», «abajo la anarquía», «mueran los inductores», «viva España», «viva España monárquica»... y análogos fueron infinitos. Y con la invitación: «¡á Palacio!», «¡á Palacio!»—en el Prado, en la Carrera de San Jerónimo eran ya varios millares—4.000, 5.000, 8.000? los que integraban la enorme manifestación.

En la Carrera encontramos al Infante don Carlos. Ovación inmensa. En la Puerta del Sol encontramos á la infantería que regresaba al cuartel. Igual ovación al Ejército. Y vivas, más vivas á España, al Rey, al Rey valiente, á la Reina, á la Familia Real...

Una voz entre la multitud grita un «muera Pablo Iglesias», y la multitud mirona, enronquecida, contesta «muera»... Era imponente. La noche, el movimiento que reinaba, invadiéndola, en toda la Puerta del Sol.

La manifestación aumentándose, aumentándose... Los balcones se llenaban de personas que aclaman al Rey, la gente se agrupa, se agolpa en las aceras para vernos pasar... Es extraordinario, yo jamás había visto un entusiasmo así.

Por la calle del Arenal. Otros por la calle Mayor, y al llegar á la plaza de la Armería son ya casi un centenar de millares de personas. En el frío de la noche oscura el grito unánime de la masa gigantesca ovacionando al Rey tiene algo de sublime... El Rey se va á asomar á los balcones, la multitud corre bajo ellos, y en más vivas, en más aclamaciones, en más aplausos, saluda al Rey, que con el pañuelo corresponde efusivo al amor del pueblo... Vuelven á sonar muertas á Pablo Iglesias, y á lo lejos el testigo que medita ve diminuto, achicado, insignificante, el mitin de la Gran Vía. Porque aquí está la inmensa muchedumbre, representante de España honrada que acude ante su Rey á rendirle su adhesión, á testimoniarle su cariño...

Suben Comisiones de las Juventudes conservadora y liberal y del pueblo á hablar con D. Alfonso. Y D. Alfonso con la Reina—más bella que siempre porque está emocionada—saluda á los representantes de la masa que abajo sigue gritando vivas y aplaudiendo frenética, arrebatada, ovacionando á la Patria y á la Monarquía y execrando, maldiciendo á los asesinos, á los anarquistas, á los inductores...

Yo pienso en el fuego de la muchedumbre venciendo á la nieve que al empezar la tarde caía á menudos, blanquíssimos copos sobre Madrid.

Y contemplo frente á frente á las dos majestades en sublime comunión de amor sincero y profundo. La majestad del Rey joven, culto y valiente y la majestad del pueblo heterogéneo, apiñado, inmenso, potente.

Ha sido, tal vez, la más grandiosa manifestación pública que el pueblo español ha hecho á su Rey.

Alberto de Segovia.

LA CAZA DEL ANARQUISTA

El anarquista que propaga sus ideas (¿ideas?) por medio de la bomba, del puñal ó del revólver, es peor, cien veces peor que una hiena. Todas cuantas hienas encontramos en nuestro camino tratamos de exterminarlas.

Ya que, por escrúpulos incalificables, no se atreven los Gobiernos á proponer leyes exterminadoras, ¿por qué no se constituyen sociedades para la caza del anarquista? Todas cuantas objeciones puedan hacerse en contra de esta proposición, son fácilmente rebatibles.

Además, la labor del anarquista es perfectamente inútil.

Matan un Rey, es sustituido por otro; matan un presidente de República, se le reemplaza; matan un gobernante, se le sustituye.

Si la misión del anarquista es matar por matar, pensemos seriamente en la defensa, y, poniendo en práctica sus mismos medios, exterminemos á todo anarquista que se tenga por peligroso. ¿Qué caerá alguno que no sea peligroso? Lamentémoslo, pero no retrocedamos, porque más inocentes llevan ellos sacrificados inútilmente.

El procedimiento que proponemos es bárbaro, pero sería el de más seguro éxito, porque ellos están en una abrumadora minoría.

La entrada postrera.

Un silencio de muerte, espectral. La Puerta del Sol, esa plaza simpática y alegre, era pequeña para contener la enorme masa que, respetuosa, pugnaba por llegar al ministerio de la Gobernación.

Iban á trasladar los restos de Canalejas—los hombres grandes no tienen nombre—y Madrid entero quería presenciárselo. ¿Qué iban á ver? Ya lo sabían, un arcón grande transportado por los amigos, y después, á continuación, los que con él compartieron las tareas del gobierno.

Y nada más... y sin embargo, allá iba la muchedumbre ansiosa de hacer un acto de presencia que testimoniara su dolor, su pena inmensa.

Sacaron el cadáver á las doce horas justas de haberle entrado. Cuando la multitud se dió cuenta de que empezaba el triste acto, un rumor acallado inmediatamente, un escalofrío que estremeció, y después un silencio augusto, un silencio solemne. La emoción del momento fué intensa. Nadie lloraba; un leve comentario que era un desahogo de dolor; en los rostros había la mueca de la angustia; en los ojos, el brillo acuoso de la congoja.

Llegó al Congreso. La multitud volvió á apiñarse enormemente, era otro gran momento de sensación: el gran tribuno, el glorioso mantenedor del parlamentarismo español, iba á penetrar en el templo de la oratoria, en el campo de batalla donde alcanzara sus trofeos de victoria.

El cronista, hasta este instante, sólo ha sentido indignación, rabia... En el momento que desaparece el cadáver tras la puerta del Congreso, mi alma siente una inmensa amargura, mis ojos se bañan en lágrimas y en mi razón aparece la realidad, mostrándome con su brutal expresión la gran pérdida que España llorará.

D. José Canalejas, el parlamentario democrata, descansa noblemente en el sueño que le sumiera una mano criminal y una idea vil, repugnante, canalla, en el teatro donde consumiera la mayor parte de sus energías y donde entonara sus himnos más sonoros. Por eso ha llorado mucho el pueblo, y con él el cronista, al ver entrar por última vez en el Congreso al gran tribuno, al glorioso mantenedor del parlamentarismo español.

La mano canalla será sepultada, y los que siembran la idea criminal continuarán paseando sus arrogancias, como si fueran personas decentes, honradas...

G. de L.

"La Monarquía," en el entierro de Canalejas.

Nuestro director, que padece hace días un enfriamiento, no pudo asistir al entierro del ilustre jefe liberal. Representando á este periódico asistieron su Redactor Jefe Augusto Martínez Olmedilla, Norberto Velázquez,

José Ortiz de Pinedo, Adrián de Almoduero, Alberto de Segovia, José González Jubany, Gonzalo de la Torre y Restituto Sáinz. Este querido compañero leyó unas

poesías en el Panteón de Hombres Ilustres.

Los redactores de LA MONARQUÍA González Jubany y Gonzalo Latorre subieron á Palacio con la Comisión recibida por el Rey.

La gallardía de nuestro Rey

¿Qué podríamos escribir nosotros para elogiar el rasgo hermosísimo y viril del Monarca?

Vibran aún emocionados nuestros corazones por lo que vimos.

Para que no se nos pueda tachar de parciales, reproducimos lo que dicen nuestros colegas:

«La Correspondencia de España».

«En aquel momento prodújose una escena que demuestra de un modo magnífico las simpatías y el cariño que el pueblo de Madrid siente por sus Reyes y la indignación que en todos los ánimos ha producido el cobarde atentado.

Nada pudo en aquel momento contener á la muchedumbre, ávida de exteriorizar sus sentimientos de ardiente amor al Monarca y de execración al asesino del Sr. Canalejas; el cordón de tropas que formaban en la carrera, los alabarderos que rodeaban el coche de D. Alfonso, fueron insuficientes para detener á aquel enorme gentío, que, prorrumpiendo en clamorosos vitores al Rey, se abalanzó al coche regio y trató de levantarlo, disputándose todos el honor de conducir por sí mismos al Monarca hasta Palacio.

Un instante hubo en que la multitud parecía que iba á conseguir su objeto, y el coche regio vacilaba á impulsos de mil brazos entusiastas; el Rey, asomado á la ventanilla, y poseído de inmensa emoción, daba gracias por el homenaje de que era objeto, tratando de contener aquella efusión de simpatía popular que, por su misma espontaneidad, llegaba á revestir caracteres irrespetuosos.

La fuerza que rodeaba al Monarca y las personalidades que allí se encontraban lograron hacer desistir á la muchedumbre de su propósito, y el coche regio pudo avanzar al fin, lentamente, rodeado por compactos grupos, que no cesaban de vitorear al Monarca y de gritar: ¡Mueran los asesinos!, encaminándose á Palacio, donde se proponían reproducir su manifestación de amor á D. Alfonso.»

«A B C».

«Fueron unos minutos de gran emoción. Las señoras que ocupaban los balcones del ministerio agitaban los pañuelos; el Rey seguía andando hacia su automóvil, y á cada saludo, á cada ademán que D. Alfonso hacía para contestar á las ovaciones, los vitores eran más estruendosos, el aplauso de la imponente masa popular más caluroso y entusiasta.

En medio de esta manifestación emocionante, D. Alfonso subió á su automóvil con los Infantes, y por el Prado y la calle de Alcalá, se dirigió á Palacio. Al cruzar por la Puerta del Sol, materialmente cuajada de público, se repitió la ovación, ó, mejor dicho, se acentuó intensamente, pues un grupo considerable de personas seguía al carruaje del Monarca, vitoreándole incesantemente.

Fué tal la actitud del público de Madrid al emprender la marcha á Palacio el Soberano, que un diputado radical, en un alarde de palusible sinceridad, elogió públicamente el hermoso acto que había presenciado, sin regatear la debida justicia al rasgo simpático espontáneo y gallardo de D. Alfonso XIII presidiendo el entierro del señor Canalejas.»

«El Imparcial».

«En las ovaciones consagradas ayer al Rey había, además, el aplauso al rasgo firme y sereno del Monarca. Frente al crimen que hiera las cimas sociales sólo por ser cumbres, aquellos en quienes descansan las más grandes representaciones tienen que dar ejemplo y testimonio de la imparable firmeza de su corazón. Pero ese ejemplo debe ser imitado. Peca la sociedad española contemporánea de una gran flaqueza moral rayana en la cobardía. Falta, acaso, en los espíritus aquella sensibilidad ética que proscribe del ambiente colectivo todas las sugestiones hacia la violación de aquellos respetos á la personalidad humana, en el doble aspecto del honor y de la vida, que son el requisito y el fundamento indispensable de

la civilización. Contra esa pasividad egoísta hay que reaccionar, oponiendo á la demasia, en cada hora, en cada momento de la vida ciudadana, aquella sanción social, más útil que todas las prescritas por las leyes, con que la solidaridad de las conciencias y de los corazones honrados, no sólo condena el crimen, sino que ataja desde el comienzo los caminos que conducen á él.

Cuando Madrid ovaciona al Rey, encontrando en un acto la condensación de muchos tumultuosos sentimientos, implícitamente confesaba una culpa colectiva sólo redimible con un cambio de estado espiritual. La ciudadanía es una palabra vana si no la anima un robusto sentido moral.»

«El Universo».

«Era la consideración á un consejero y servidor; era la protesta contra el odioso crimen; era la afirmación de la firme resolución de la continuidad de la vida nacional, aun era, siendo esto lo menos sustancial, un nuevo y gallardo gesto de virilidad.

Y el público, conmovido, saludó al joven Soberano con vitores y aplausos delirantes, que iban señalando el paso de la augusta persona á lo largo de la carrera y que constituyeron un reguero de entusiasmo que ardió imponente á la puerta del Congreso y no se extinguió sino al término del paso del Monarca por la vía pública.»

«La Tribuna».

«El efecto que en la muchedumbre, que se aglomeraba frente al Congreso, en la Carrera de San Jerónimo, produjo la presencia de S. M. el Rey en lo alto de la escalinata de la Cámara popular, fué indescriptible.

Una ensordecedora, una clamorosa, enorme inenarrable ovación, acogió la presencia de este Rey bueno y doblemente simpático por sus condiciones personales y por la gallardía y el acierto de sus actos.

Todas las manos, sin excepción, juntáronse para aplaudir, todas las gargantas aclamaron al Rey y premiaron y agradecieron el acto que ejecutaba S. M. con atronadores, frenéticos vitores, que no se interrumpieron ya un solo instante en todo el trayecto.

Iba S. M. con SS. AA. RR. D. Carlos, D. Fernando y D. Luis Fernando, inmediatamente después de los Cuerpos colegisladores, dándole escolta un zaguante de alabarderos.

D. Alfonso marchaba solo algunos pasos delante de sus regios acompañantes.

Su Majestad correspondía, emocionado, á las muestras de cariño que le tributaba su pueblo, y á cada saludo del Monarca correspondían nuevas aclamaciones.

Las señoras agitaban los pañuelos; los obreros aclamaban al Rey levantando en alto sus gorras; una voz poderosa gritó: —¡Viva el Rey democrata!

S. M. volvióse hacia el que dió el grito, que era un hombre joven, y le saludó sonriente.

La ovación alcanzó entonces proporciones enormes. La emoción era general; en muchos ojos se veían lágrimas.

Como todo el mundo permanecía quieto, el Rey dijo á los que estaban más cerca:

—Vamos, señores, vamos. En marcha.

Lentamente púsose en marcha la presidencia del duelo.

Al llegar S. M. frente al Hotel Palace la ovación recrudecióse. Los balcones del Hotel Palace y de la cercana casa en construcción, estaban atestados de gente; había allí muchas señoras y extranjeros, que hicieron coro á los vitores y aplausos de la muchedumbre que había en la calle, con hurras y aplausos.

Las señoras saludaban con sus pañuelos.

Un grupo de albañiles que había un poco más abajo, gritaron al pasar S. M.:

—¡Olé! Así se hace. ¡Viva el Rey!

Y en la plaza de Neptuno, un hombre del pueblo saludó á S. M. con un grito poco ajustado á los preceptos de la etiqueta, pero

castizamente madrileño y dicho con el corazón:

—¡Viva tu madre!

Y así toda la carrera. Todas las cabezas se descubrían al pasar el Rey; en todas partes fué saludado con vitores y aplausos, siendo de notar que los que más se distinguieron en esas manifestaciones de entusiasmo y cariño fueron unos grupos de artesanos que había encaramados á unos árboles.

Frente al Botánico cruzóse la presidencia del cortejo con algunos grupos de los que regresaban de ocupar la cabecera de la manifestación. Uno de aquellos grupos formábanlo algunos conocidos republicanos, ex concejales dos de ellos, y al cruzarse con S. M. saludaron cortésmente, rasgo que fué muy aplaudido.

Los balcones de las casas que hay frente al Botánico, cerca de la plaza de Atocha, hallábanse atestados de gente, señoras en su mayoría, que al pasar el Rey le tributaron una de las mayores ovaciones de esta tarde.

Un hombre de edad madura, cerrajero á juzgar por el traje y las tiznaduras de su cara, que estaba subido en un pilón de una de las fuentes que hay en el comienzo del Botánico, distinguíase por el entusiasmo con que aplaudía á S. M.

Al pasar el Monarca, encaráse el cerrajero con él y accionando expresivamente, gritó:

—¡Así se hace D. Alfonso! ¡Así! ¡Eso es... ser Rey!

Gran parte del trayecto fué cerca de la presidencia un significado diputado jaimista.

—¿Ha visto usted cómo aclama el pueblo á D. Alfonso?—le dijeron

—Sí, señor—contestó—. Es realmente una ovación extraordinaria.

Los sacerdotes que acompañaron con las mangas parroquiales el entierro, cruzáronse en el Botánico con S. M., y le saludaron todos reverentes.

«Ecos».

«Inmediatamente se incorpora la presidencia oficial.

S. M. el Rey asoma en aquel instante, y apenas ha puesto el pie en el primer peldaño para descender á la calle, sacude á la multitud un movimiento que no es de curiosidad ó de interés (siempre justificado por la presencia del Soberano), sino que es como un impulso, precursor de la manifestación entusiástica.

Un latido une á todos los corazones y un pensamiento á todos los cerebros. Es preciso que el sentimiento estalle con la fórmula más natural y adecuada, pese á la ceremonia del acto, y sin menoscabo del otro sentimiento de pesadumbre.

De un grupo de periodistas sale el primer grito de «¡Viva el Rey!» Y como si este vitor fuera el resorte que derribara el dique, estalla, clamoroso, magnífico, otro ¡viva!, que repite la multitud.»

«Heraldo de Madrid».

«Ya en marcha ordenada la comitiva, apareció en lo alto de la escalinata de la puerta principal del Congreso la gallarda figura del Rey.

Simultáneamente, los representantes del país y el pueblo, que llena la plazuela de Cervantes y la Carrera de San Jerónimo, prorrumpen en una salva de aplausos y enronquece vitoreando al Monarca.

En los balcones las señoras agitaban los pañuelos, y los caballeros, descubiertos, aplauden y vitorean al Monarca.

Gente del pueblo, subidas sobre los árboles de la plaza de Cervantes, agitan sus gorras con una mano mientras con la otra se sujetaban á las ramas.

El espectáculo es imponente.

El Rey palidece de emoción; pero la domina, y una leve sonrisa aparece en sus labios, mientras se lleva la diestra mano al casco con que cubre su cabeza.

La ovación dura cinco minutos, cada vez más entusiástica.

Al descender el Rey de la escalinata y poner el pie en la Carrera de San Jerónimo la comitiva se vuelve hacia él y prorrumpen en una salva de aplausos, á que la muchedumbre contesta enérgica y vibrante:

¡Viva el Rey! ¡Viva España!»

«El Debate».

«Ayer tarde D. Alfonso obtuvo un triunfo personal que seguramente dejará huella imborrable en el espíritu del joven Monarca.

Nadie se imaginaba que la simpatía que la presencia del Rey en el entierro del señor Canalejas despertara pudiera llegar á

tales extremos, y lo cierto es que ayer fué para el Soberano su paso por las calles de Madrid á pie, un motivo para que el elemento popular le tributara un homenaje de afecto imponderable.

A lo largo del Prado D. Alfonso no sabía dónde atender.

—¡Viva el Rey!—exclamaban por todos lados.

Y eran estudiantes y mujeres, y gentes de porte distinguido, y obreros de blusa los que gritaban, todos confundidos mezclados, formando una masa informe y homogénea á la vez que se denomina *pueblo*.

Porque no eran estos ó aquellos elementos los que ayer vitoreaban al Rey, sino el pueblo, el pueblo de Madrid, que se entusiasmaba viendo al Soberano marchar á pie detrás del cadáver de su primer ministro, sereno, tranquilo, sonriendo, agradecido á las espontáneas manifestaciones de cariño.

Ayer tarde oyó D. Alfonso frases populares reveladoras del efecto que su presencia en el entierro del Sr. Canalejas causaba.

—Viva el Rey valiente! ¡Viva el Rey noble!—le gritaban.

Y varias veces, de algunos grupos surgía ese grito tan intensamente madrileño, que todos hemos escuchado.

—Viva tu madre, valiente!—le dijeron, como queriendo resumir en la frase todos los sentimientos que albergaba el alma de los que así daban salida á sus entusiasmos.

Y no es para describir la ovación final. Cuando acabó el desfile y el Rey fué á tomar su automóvil, el coche real estaba rodeado por el pueblo.

D. Alfonso subió al automóvil por fin, y el auto pudo arrancar muy despacio entre la multitud hasta llegar al paseo del Prado. Allí ya, tomó marcha, dirigiéndose hacia Palacio, donde llegó á los pocos minutos.

«La Epoca».

«Ha hablado hoy el pueblo: no las masas que acuden al *meeting*, envenenadas por la política y la predicación, sino el verdadero pueblo, el que va acompañado de sus hijos y sus mujeres, el que obra espontáneamente, sin oír más que á sus impulsos generosos y cordiales, y ese pueblo ha tributado á D. Alfonso la ovación más ruidosa, más espontánea y más entusiasta que se puede dar.»

«Excelsior».

«El Rey de España, hombre de corazón inmenso y de entereza pasmosa, ha querido rendir con su presencia una última prueba de su cariño al mártir de su deber. El Rey ha demostrado una vez más que es un hombre bueno y un carácter. Al rendir este último tributo al que fué su presidente del Consejo, D. Alfonso XIII se ha hecho, una vez más acreedor al afecto de todos los españoles.»

«Diario de la Marina».

«Cuando ya el féretro había sido depositado sobre la carroza fúnebre y se esperaba tan sólo la orden oportuna para que la comitiva fúnebre se pusiera en marcha, apareció en lo alto de la escalinata del Congreso S. M. el Rey, acompañado de los ministros, los presidentes de las Cámaras, el obispo de Sión y el séquito palatino.

La presencia del Monarca produjo algo así como un estremecimiento de entusiasmo entre el inmenso gentío que se agolpaba en las inmediaciones de la Cámara popular, y un «¡Viva el Rey!», estruendoso, formidable, inmenso, atronó el espacio, al mismo tiempo que millares de pañuelos saludaban desde los balcones del Hotel Palace y desde las casas inmediatas la arrogante figura del Soberano, que había venido la gallardía de asociarse públicamente al duelo de su pueblo por la muerte de su primer ministro.

S. M., en cuyo rostro apreciábase á simple vista el pesar de que se hallaba poseído, marchó directamente al puesto que debía ocupar en la presidencia del duelo.»

«El Ejército Español».

«Pero la nota capital la dió la presencia de Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII. Se ha venido diciendo que si el verdadero propósito del anarquista Pardoñas había sido atacar á la vida del Soberano; se ha dicho si hay algún otro cómplice con análoga misión. Su Majestad, con su valor de siempre, su acostumbrada é insuperable bizarría, rayana á veces en la temeridad, acudió al entierro de su primer ministro. Despreciando todo riesgo personal, fué al puesto que el deber y el cariño le reservaban. Había querido tanto el Sr. Canalejas á la Monarquía, habíala prestado servicios tan indudables, la había servido con tanto interés y tanta lealtad, que el Rey quiso exteriorizar en público su afecto

para con el muerto insigne, y probar cómo los Soberanos premian los desvelos de sus súbditos.

El pueblo madrileño comprendió todo esto; comprendió en todo su alcance el acto viril, hermosamente viril, del Soberano, y lo aclamó con entusiasmo indescriptible. Pueblo y Rey se confundían en un mismo afecto, se consubstanciaban en un propio sentimiento, y mostraban al mundo entero la grandeza de España, que vivirá, pese á actos aislados y á odios colectivos, porque hay un alma que alienta en ella, que se sobrepone á toda desgracia, por grande que parezca.

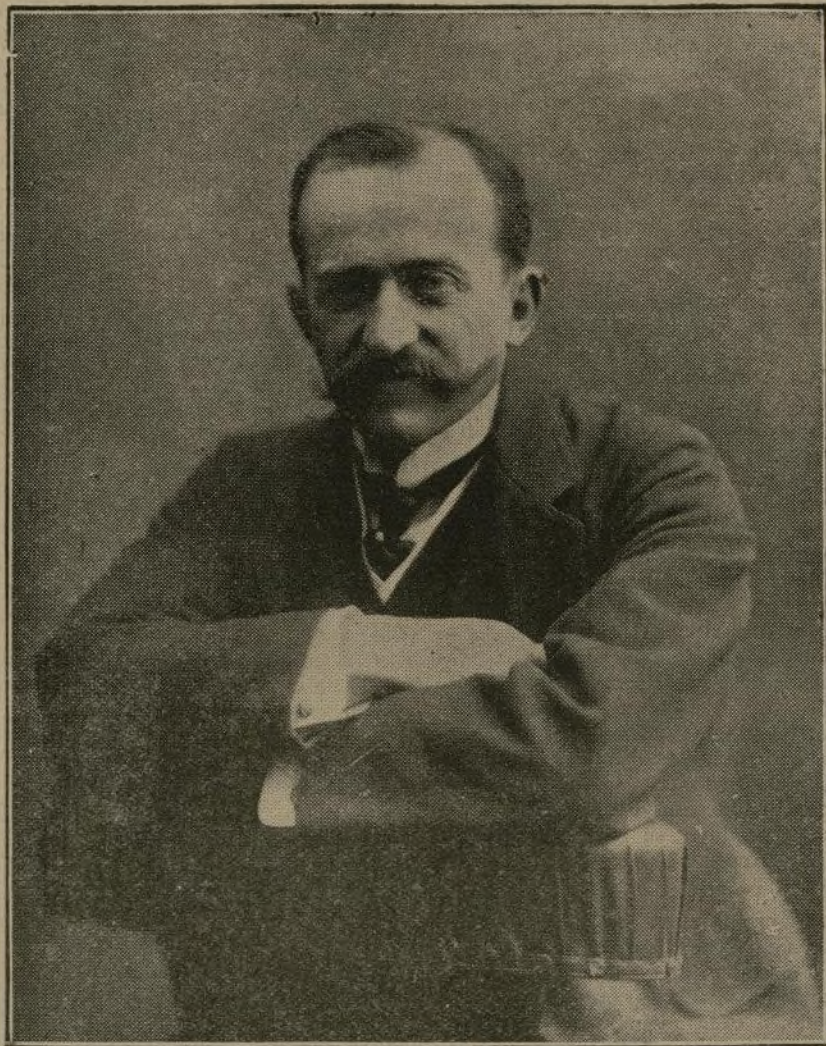
Y ocurrió, además, un espectáculo digno de recuerdo. Los estudiantes y las juventudes conservadora y liberal, fueron á Palacio, y en la plaza de Oriente hicieron una

manifestación de respetuoso afecto para el Monarca, de protesta contra el anarquismo. Comisiones de dichos jóvenes fueron recibidas por D. Alfonso, y el Soberano pudo escuchar palabras de adhesión al Trono. El Rey, muy conmovido, les dijo:

«He jurado servir á mi Patria, y ya pueden cometerse atentados. Mientras me quede una gota de sangre en las venas nada me arredrará, y he de permanecer en mi puesto cumpliendo con mi deber.»

Y el pueblo español entero, al saber cómo piensa y obra su Rey, y ver los lazos que unen, cada vez más indestructiblemente, á su Monarca y á la juventud, siempre generosa, siempre entusiasta, sentirá la alegría de quien tiene ideal que le aliente, esperanza que le guíe, fe que le conforte.»

El Presidente del Consejo



Hace mucho tiempo que figuramos entre los incondicionales de Romanones. Tal vez por simpatizar con sus inquietudes, con sus vehemencias, con sus lealtades al Rey, sea uno de los políticos de nuestra predilección. El Conde de Romanones correspondió á nuestro cariño concediéndonos el honor de permitir que figurara su nombre prestigioso en la lista de nuestros ilustres colaboradores, al frente de la cual figura D. Segismundo Moret. La firma del Conde de Romanones engalanó varias veces las columnas de LA MONARQUÍA. La juventud española y monárquica debe fiar mucho en la gestión del nuevo Presidente del Consejo de Ministros.

EL ALMA POPULAR

Ante el Rey.

El cronista siente en estos momentos la impresión más profunda que en su vida sufre. Recuerda, piensa, razona el día de ayer...

La muchedumbre se apretaba frenética de entusiasmo ante el paso del Rey. El pueblo rodeaba el automóvil de su Soberano; por calles, por la Puerta del Sol, por todas partes, miles de almas vitoreaban al Monarca noble, á la majestad valiente...

Spontáneamente formóse una imponente manifestación que cruzó Madrid; los curiosos que en aquellos momentos transitaban paseando su descanso del trabajo parábanse, esperaban; pasaba aquel inmenso núcleo de voluntades entusiastas, y los curiosos aplaudían, contestaban á las

vivas, descubrían las nobles cabezas con respeto, se sumaban á los manifestantes.

Y llegó la masa enorme al Palacio Real; roncaban las gargantas, extenuados de cansancio de tanto correr, gritar, empujarse, parecía que sólo se trataba de hacer un acto de presencia, cuando una salva de aplausos tremenda rompió el misterioso silencio de la plaza de Armas. Un oficial de Infantería avanza hacia nosotros; en este momento la voz de dos jóvenes tremendamente entusiastas, que esta tarde gloriosa cumplieron muy bien con su deber, Manolo Valenzuela y Ernesto Madridano, gritan potentes «¡bravas! ¡Viva el Rey! ¡Viva el Ejército!», y la muchedumbre contesta enardecida y virilmente. Si algunos oídos, si ciertos ojos están presentes, su conciencia tiembla, y si hay alguno que ni aun conciencia tiene, huye villanamente, como cobarde retado.

El capitán del Cuerpo de Seguridad Sr. Salgado nos ruega, nos suplica; no podemos ver á nuestro Monarca todos, ha de

nombrarse la eterna comisión y hemos de trasladarnos á la puerta del Príncipe. Corriendo nos trasladamos, y en los momentos en que por tener que nombrarse la Comisión acaso hubiera habido alguna disparidad, se abre uno de los balcones de Palacio, y en él aparecen SS. MM. De nuevo corren, y entretanto nosotros formamos Comisión. Subirán miembros de las dos Juventudes monárquicas. Alvarez Arranz, Aspón de Mindivil, Emilio Llasera, González Jubany, el marqués de Vivel, Antonio Huete, Mario Jiménez Saa, Musso, Jeaniquet, Remigio Ramírez y este humilde cronista...

Llegamos á la Cámara regia. El corazón late en nuestros pechos con fuerza brutal, nuestra emoción es intensísima, el Rey, nuestro Soberano, va á presentarse ante nosotros, vamos á tener el honor de hablar con él, de estrechar su mano.

D. Alfonso XIII y su augusta esposa, la bella, la noble doña Victoria, aparecen; por nuestras almas cruza el escalofrío. Reverenciamos; el Rey alarga su mano, estrecha la nuestra cordialmente, y nuestra hermosa Reina nos concede también la diestra; nosotros humillamos las cabezas ante la majestad y la belleza, y un beso queda y respetuoso consuela nuestro ahogo de alegría, de cariño...

D. Alfonso, afectuoso y emocionado, nos habla; la bella Reina, rubia, nos mira con sus tremendos ojos azules y sonríe con pena, creemos ver perderse una lágrima entre las pestañas doradas.

¿Las palabras?... ¿Qué importan? Nuestros espíritus temblaban de placer, identificados con su Rey, ofrecieron su vida al Monarca, y éste contestó sereno, sonriendo con amargura, emocionado... lo ha dicho toda la Prensa. «mientras le quede un átomo de vida estará en su sitio, porque ha jurado defender su Patria...»

¡Y nosotros con él! contestamos. Salimos. Alvarez Arranz, este joven tan bueno, de tanto talento, habla al pueblo y éste prorrumpe en vivas atronadores, en aplausos entusiastas. En su sitio de honor Valenzuela y Madridano gritan vivas cada vez más trepidantes. ¡Todavía queda mucha energía y mucho corazón!

Al dispersarnos nos encontramos de nuevo Emilio Llasera y yo. Llasera está ronco, cansado, pero alegre y animoso, se olvida de todo, y abrazándose, dice en la intimidad de nuestra sincera y cordial amistad, á mí, que dudaba de la oportunidad de la manifestación, cuando corriendo detrás del automóvil regío gritaba: ¡A Palacio! ¡A Palacio!

—Para hacer una demostración de entusiasmo á nuestro Rey cualquier momento colectivo es oportuno.

Yo contesto: Que no lo olviden los que como nosotros sean monárquicos, y sirva de lección para el porvenir el acto de esta tarde.

Mi grito constante ha sido: ¡Mueran los inductores! ¡Abajo los del atentado personal! ¡Gloria á las víctimas de la anarquía! ¡Viva el Rey!

Gonzalo Latorre.

El nuevo presidente del Consejo

El conde de Romanones preside una situación liberal. Ha llegado á ese puesto con justos títulos, mejor dicho, con sobrados títulos. Político ya viejo, experimentado, con sobrado conocimiento de los hombres que actúan, con mucha ilustración, con gran actividad, nosotros creemos que servirá bien á la nación y á la Monarquía, y podrá contribuir á que quede buen recuerdo del partido liberal.

Concedor de todos los proyectos pendientes, esperamos que lleve con gran acierto la nave gubernamental.

Cooperador de la gestión del inolvidable Sr. Canalejas, tiene derecho á ser su sucesor. Fué el conde de Romanones, bien sabido es, el político liberal que, fuera del Gobierno, más le ha ayudado lealmente.

Tiene también el nuevo presidente del Consejo un título más para sernos extremadamente simpático: su acendrado patriotismo y su probadísima lealtad al Rey.

Hacemos votos para que no se defrauden, en nada, las esperanzas que tenemos puestas en la gestión de nuestro ilustre colaborador señor conde de Romanones.

Españoles:

¿Sabréis imitar á vuestro soberano?

El Sr. Moret.

La presidencia del Congreso.

El respetable Sr. D. Segismundo Moret, después de haber dado á S. M. el Rey los consejos que su práctica política le sugirieron en los momentos actuales, y después, según se dice, de declinar el encargo de presidir el Gobierno, no podía, y de ello nos felicitamos mucho, retirarse tranquilamente á su casa. Se le indicó desde luego para presidente del Congreso, y esa indicación, en verdad, no pudo hallar mejor acogida en la opinión. En el alto sitial de la Cámara popular es, en las actuales circunstancias, irremplazable, y mucho tiene que agradecerle el partido liberal por esa aceptación. Dada la gran autoridad que tiene el Sr. Moret, estimamos que puede prestar grandes servicios en la presidencia del Congreso.

Nadie como el Sr. Moret tiene condiciones para hacer fructífera la labor de esa Cámara, nadie como él puede elevar los trabajos parlamentarios, nadie mejor que él para ser el lazo de unión entre los liberales y para dirigir con gran acierto los debates. Tenemos la seguridad de que las oposiciones recibirán asimismo con agrado tan grato presidente.

Palabras de García Prieto.

—En estos momentos todos los monárquicos deben ponerse al lado del Rey para bien de la patria. No creo que haya hecho nada más que cumplir con mi deber.

Son muy nobles, nobilísimas; como pronunciadas por nuestro respetado y muy querido amigo.

POR LA INFANTA DOÑA MARÍA TERESA

Las Misas de LA MONARQUÍA Recordadnos á nuestros lectores que todas las misas que se celebren el próximo sábado, día 23, de siete á doce, en la Iglesia de Santa María la Real de la Almudena (cripta), Cuesta de la Vega, serán las que mensualmente manda decir este periódico por el alma de la llorada Infanta Doña María Teresa (q. e. g. e.)

Junto al Gobierno.

Con el corazón aplaudimos la conducta de D. Manuel García Prieto. Los monárquicos leales habrán visto en los actos del Ministro de Estado una noble actitud, merecedora de las mayores alabanzas.

En los momentos críticos por que atraviesa la nación, creemos que todos los fieles al Trono deben apoyar decididamente al Gobierno presidido por el Conde de Romanones.

Moret, el gran patriota, nos da el ejemplo que todos los monárquicos y patriotas debemos seguir.

UN ARTÍCULO Y UNA GUMIA

Regalo para Varela.

Nos hallamos en la imprenta ajustando el presente número cuando llega un señor, á quien no tenemos el gusto de conocer, y sin decir una palabra nos entrega para el Director una carta y una gumia. Es preciosa ésta. Tiene la hoja con huellas de sangre bizarra. Se marchó el hombre sin esperar nuestras preguntas.

Abrimos la carta recelosos, antes de dársela al Director, que continúa enfermo. Y es tan hermosa la misiva que, aun deplorando no publicarla íntegra—por falta de espacio y por la excesiva bravura de sus conceptos—sin que lo sepa Varela, reproducimos lo que á continuación va. La despojamos de los elogios, para no disgustar excesivamente á nuestro Director, á quien peliremos perdón por haber abierto la carta sin saberlo. Pero, la verdad, ¿cómo venía con una gumia...

«Sr. D. Benigno Varela.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida. Aun cuando no tengo el honor de conocerle personalmente y si sólo por referencias dignas de elogio, amor ferviente siente mi alma por sus bellos ideales, y éste si cabe es mayor al saber que cual yo es usted de la tierra orgullo de la nación española, cuna de las libertades patrias, baluarte de la independencia española, orlada y

cimentada á la par por la nobleza hidalga de nuestra tradición.

El artículo de la MONARQUÍA del sábado anterior titulado «De mí para tí», obligame á felicitarle con entusiasmo, pues el referido artículo enorgullece á todo el que haya nacido en Aragón.

De mí voy á decirle que por servir á mi Patria y á mi Rey abandoné (si bien esto no consta en el expediente por no perjudicarme) mi modesto destino de auxiliar de la Granja Agrícola de Badajoz para partir como voluntario, cual simple soldado, á la campaña de Melilla.

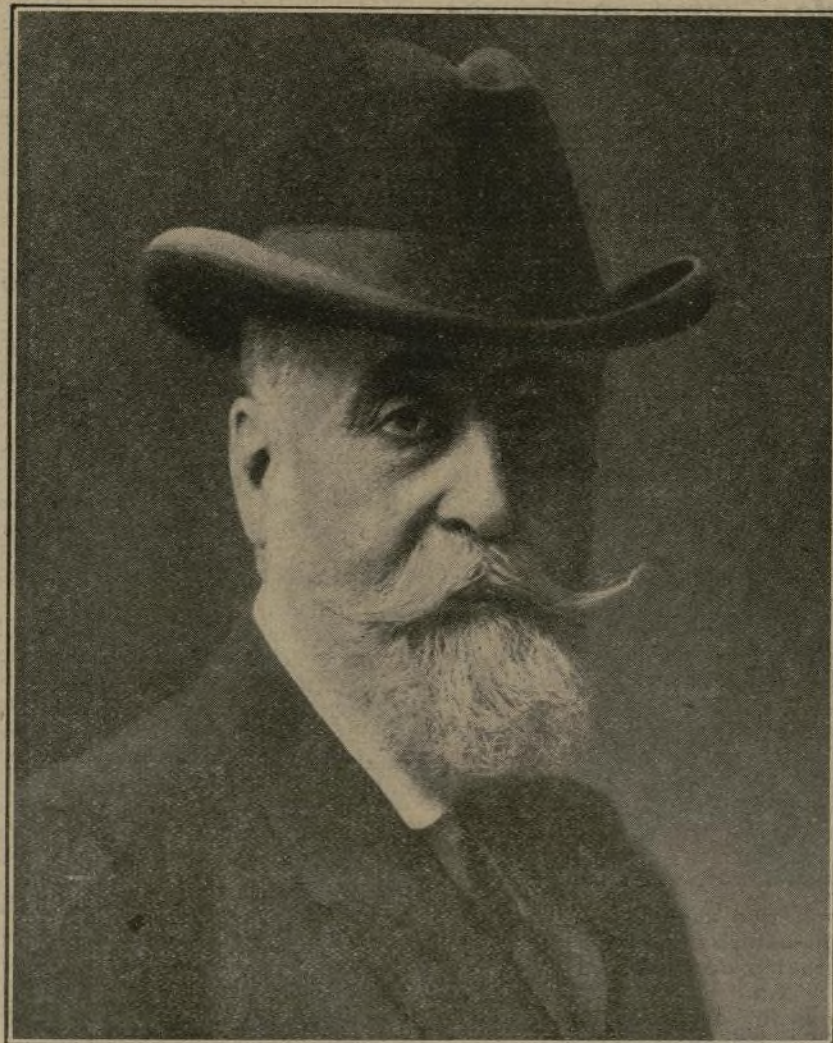
Una vez allí, y destinado por mis conocimientos farmacéuticos (carrera próxima á terminar) al distinguido Cuerpo de Sanidad Militar, solicité del general en jefe del Ejército de operaciones en instancia y en carta particular del de la división D. Antonio To-

var (que tuvo la atención de saludarme personalmente) cuerpo más castigado y sitio de mayor peligro. Trasladado al batallón de cazadores de Llerena, mis jefes, por entonces teniente coronel D. Francisco Artimaño y Liso, capitán de compañía y teniente Loigorri, Morales y Salán podrán decir cómo me concluí en el campo de operaciones. Y le ruego admita la adjunta gumia, que le regalo, para segar cabezas farsantes, y una á ella, en lo poco que vale, por si algún día la necesita, la ayuda, no de un modesto funcionario del Estado, oficial quinto afecto al Negociado de Industrias de este ministerio de Fomento, sino de un aragonés decidido, que le jura por su Virgen del Pilar que cuando llegue la ocasión ó cuando usted lo reclame, sabrá cumplir con su deber.

Francisco Zurita.

S/c. Puente Vallecas.—Santiago, 25.

El Presidente del Congreso.



El rasgo noble del insigne liberal D. Segismundo Moret aceptando la Presidencia del Congreso—lugar inferior al que se merece y se le ofreció—, realza su modestia y patriotismo. En esta casa tiene nuestro ilustre colaborador devoción.s grandes. Confiamos mucho en Moret. Su esfuerzo para unir á las agrupaciones liberales, llevará seguramente al partido por senderos victoriosos. Que todos los patriotas y monárquicos leales sepan apreciar como nosotros, justiciariamente, lo realizado por Moret.

HACIENDO JUSTICIA

al señor Marqués de Alhucemas

Todos saben que LA MONARQUÍA no puede seguir las inspiraciones particulares de ningún político. Somos del Rey, exclusivamente del Rey. Todos los que al Monarca sirvan con lealtad y laboren para bien de la Patria y del Trono, tendrán en nuestros juveniles corazones decididos auxiliares. Pero es tan fuerte el cariño que profesamos á nuestro amigo particular el ilustre marqués de Alhucemas, que los innumerables elogios que le prodigan toda la Prensa y todos los monárquicos fieles nos producen honda satisfacción. Uno de los primeros que ha reconocido la noble actitud del Sr. García Prieto es el actual presidente del Consejo de ministros.

No somos, pues, nosotros los llamados á prodigar alabanzas al ilustre ministro de Estado, que tan sabiamente se ha conducido en las negociaciones con Francia. Parecería que

las dictaba el apasionamiento. Que lo digan los demás, que le hagan justicia todos, hasta sus mismos adversarios.

Y eso nos llenará de alegría íntima.

BENVENIDOS

NUVOS REDACTORES

Desde hoy comparten con nosotros las diarias tareas de Redacción cuatro compañeros más.

Alberto de Segovia, escritor brillante y elocuente abogado; José González Jubany, letrado meritísimo también, publicista que dió muestras de su valer en muchos periódicos y vicepresidente de la Juventud conservadora de Madrid; Gonzalo de Latorre, cronista fogoso, que como los dos compañeros antes citados labora con entusiasmo entre los jóvenes conservadores madrileños, y Restituto Saiz, muy distinguido periodista.

Nuestra más cordial salutación para los nuevos camaradas.

Felicitando á Varela.

Son innumerables las cartas que recibe nuestro Director estos días felicitándole por el artículo que publicamos en el número anterior titulado «De mí para tí».

Agradece mucho Benigno Varela el apoyo que le brindan nuestros amigos, diciéndole se hallarán incondicionalmente á su lado en los momentos de lucha.

Y acaso lo acepte muy pronto, si continúan las provocaciones de los que vilmente predicán el atentado personal y que originan desventuras como la que hoy llora la nación entera.

Monárquicos:

¡sed hombres!

Provocando, ¿eh?

¿A que no va el «caudillo»?

Descubrimos en el verteadero lerrouxista el siguiente notición:

«A Murcia irán los jóvenes radicales del distrito del Centro de Madrid á propagar las ideas del partido radical. A Murcia irán, sin importarle nada los pistolones del quince ni las hojas albaceteñas, ni las necias bravatas de cualquier despreciable Narbona.»

Y ahora se nos ocurre preguntar:

¿Irán el caudillo al frente de esos muchachos?

Porque nos acordamos de aquellos otros jóvenes rebeldes á quienes dejó el caudillo en la estacada y en la cárcel de Barcelona después de la semana sangrienta.

¿Y, como el caudillo se acaba de ganar tranquilamente otros cinco milloncitos de reales con la vicepresidencia de un Banco...

¿Qué apuestan los muchachos radicales de Madrid á que su caudillo los embarca para Murcia mientras él se queda sorbiendo champán en su finca burguesa de la calle O'Donnell?

Un gran Rey tiene que hacer un gran pueblo.

EL MITIN FERRERISTA

LECCION APROVECHABLE

Unánimemente ha sido condenado el acto celebrado en el teatro de la Gran Vía, como encarnación del más reprobable de los fines, cual es zaherir descompasadamente á instituciones sacratísimas, que por su textura moral, por su funcionamiento y por lo que en sí representan, son dignas de todos los respetos, y ofender lo que en último término está por encima de todo, el buen nombre de España.

Siempre es la libertad, bien entendida, objeto de amor y cariño por los que de veras sienten el progreso y las conquistas del libre pensamiento en sus justos cauces de acomodamiento á lo que más interesa, que es el bien patrio; pero execrables han sido siempre los que proclamando la intangibilidad de la ley de reuniones, confunden lastimosamente el libre ejercicio de un derecho, con el desate desmedido del lenguaje en propio descrédito y desprestigio, ya que se oponen, en forma desusada, al pensamiento de la inmensa mayoría de los españoles.

La Prensa toda, excepción hecha de la libertaria, ha censurado sin reservas el mitin ferrerista; como que ello no es sino una manifestación pública más de la campaña antinacional que desde hace tiempo han emprendido las extremas izquierdas, no perdonando medios para conseguir sus propósitos, de carácter francamente antimilitaristas.

Ese es uno de sus principales puntos de vista; la malquerencia á instituciones, que son el punto de arranque de las modernas libertades. La generación presente, casi toda, que disfruta con sosiego de bienes que costó á las anteriores grandes esfuerzos alcanzar, mira la institución armada de manera muy distinta á la de aquellos que no ven más que el muro de contención á sus maquiavélicas lucubraciones.

Su labor tiende á relajar grandemente la disciplina social, dividiendo al país en odios y rencores sectarios. Van á parar á la monarquía, enfermedad la más grave que puede

padecer el organismo Estado. Y en ella incurren, porque ellos mismos lo han pregonado al querer la abolición del régimen imperante y constituir nueva nacionalidad, siendo preciso para ello el derrocar la autoridad tal como funciona al presente, el destruir la organización oficial del Estado tal como existe.

No confundamos el término *anarquía*, que es expresión de un estado de hecho, con el que lo es de una doctrina, bandera hoy de uno de los grupos en que se divide el partido obrero.

El trabajo que realizan en perseguimiento de reivindicaciones ácratas, no es simpático ni encaja en la opinión por inoportuno el realizado últimamente. La masa social de sana conciencia libre de prejuicios, forzosamente reconoce, porque no tiene más remedio, la sinrazón de los que, descarriados, no ofrecen en sus descabelladas disertaciones argumento de fuerza alguna. Tan es así, que ya se ha visto cómo sus simpatías, por una causa injusta, aparecen divorciadas de la opinión, que siente de muy distinta manera. Sus puntos de vista, comparados con los de la inmensa mayoría de los españoles, crean dos ideales, expresión representante de dos órdenes de cosas divergentes y antitéticas en la forma y en la esencia. La lección sufrida es aprovechable. Cuando se muestran simpatías por un estado de cosas reprochable, la obra de la reflexión se impone, y es obligado combatir esas simpatías por ser contrarias á lo que exige la racionalidad.

El valor moral, el máspreciado de todos, el que libra todas sus batallas, cuando el hombre se esfuerza en vencerse á sí mismo, es el recurso eficaz que debe emplearse cuando se reconoce que esas obcecaciones ferreistas no tienen razón de ser ni fundamento real para conservarse. Y ya se ha visto claramente la carencia de fundamento, al tener enfrente la opinión.

Preciso es que dejen esas simpatías que sienten por una causa que hiera á la conciencia nacional. Modificándolas en el sentido que prescriba la reflexión, dominándolas y dominando las pasiones en que degeneran, el hombre no hace más que cumplir con la ley propia de su naturaleza, mostrándose digno de la libertad y de la vida, de esa libertad que sólo merecen, como dice Goethe, los que por propio esfuerzo saben conquistarla diariamente.

J. Naranjo.
Capitán de Infantería.

Párrafos del libelo madrileño de Lerroux.

«El orden para nosotros es transitorio, mientras dura la actual organización social y política. En un momento determinado habremos de conculcarlas para implantar el régimen republicano.»

«Los guapos se acaban, precisamente á manos de las personas decentes, que no temen las bravuconerías: las eluden, pero cuando el vaso rebosa, la justa indignación se encarga de cortarlas de raíz.»

Con este segundo párrafo estamos conformes, completamente conformes.

Y así acabará el guapo del Paralelo.

Como no se castiguen con prontitud y dureza á los libelos que llaman asesinos á los gobernantes honrados, nosotros aplicaremos á los libelistas una justicia inmediata y contundente.

Los cobardes inductores.

Para que en las memorias honradas quede impreso, reproduzcamos lo dicho por *El Radical*, libelo de Lerroux:

«Al conocerse la noticia del atentado de que acababa de ser víctima el Sr. Canalejas, la voz unánime del pueblo, de todo el pueblo, del pueblo alto, medio y bajo, del pueblo civil y del pueblo militar, condenó el acto con honradez y con sinceridad. Pero esa misma voz de todo el pueblo, al mismo tiempo que condenaba el acto, decía: «Si al menos hubiera sido á Maura, estaba justificado.»

¡Con que era esa la voz del pueblo!...

No, libelista, no; esa era la voz de los inductores.

¡Cobardes, cobardes!

¡Hasta "El País" lo reconoce!...

Del periódico republicano de Catena, recortamos el día 9 la siguiente apreciación sobre el cómplice de Morral:

«Espantajo ha llamado un periódico á Ferrer. Lo es también para nosotros.»

Enviaremos á Gorki, á Fournemont, á Jaurés, á France, á todos los **sesudos intelectuales europeos** que injurien á nuestra Patria, estos piropos que dirigen á Ferrer los españoles(?) que le pretendían inmortalizar.

¡Y, á ver si levantan los sesudos, como en Bruselas, otra estatuita al espantajo!

Ferrer, transformado en pingo.

«Miró.—Ferrer no fué un apóstol. No contaba con la simpatía y confianza de quienes acudillaba.

Melquiades Alvarez.—Yo, cuando hablo al pueblo, pongo toda mi alma. No soy apologista de Ferrer; no creo en su labor pedagógica; no he sentido nunca su grandeza; no lo considero como el representante de la intelectualidad española—¡pobre intelectualidad, si eso fuese cierto!—, é ignoro si la vida privada de Ferrer está manchada.»

Estas lindezas dijeron los radicales en el teatro de la Gran Vía. Verán ustedes que, el cómplice de Morral, *salta glorificado* de la reunión cursilona donde Melquiades pretendió dar unas dedaditas de miel al ejército.

¡Bueno, bueno han dejado á Ferrer los suyos!

¡Y pensar que por ese pingo han injuriado tanto á nuestra Patria los imbéciles del extranjero!

El infame que asesinó á Canalejas estuvo en el mitin del teatro de la Gran Vía.

Y eso que los oradores llamaron espantajo á Ferrer.

¡Si llegan á repetir lo que dijo Pablo Iglesias en el Congreso aconsejando el atentado personal!

EL GOBIERNO

Quedó constituido, por fin, con los mismos ministros que tenía el anterior. Así continuará hasta que se aprueben los presupuestos. ¿Qué ocurrirá entonces? No queremos pronosticar nada, como hacen los demás colegas. Tal vez muchos de éstos se equivoquen en sus presagios. Y pudiera ser que nosotros acertáramos. Pero preferimos callar.

El lunes se reanudarán en las Cortes las sesiones. Y desde el martes, seguramente, por aclamación, presidirá las sesiones del Congreso la figura respetable y prestigiosa de D. Segismundo Moret.

La rúbrica del Tratado.

El jueves por la tarde quedó rubricado el Tratado franco-español sobre Marruecos.

Se prescindió de dar solemnidad alguna al acto, en memoria de la reciente muerte del Sr. Canalejas.

Todo se redujo á una conferencia entre el embajador francés y el ministro, tras la cual ambos firmaron el documento.

La firma definitiva, por decirlo así, se verificará en breve.

EL PARLAMENTO

De jueves á jueves.

Viernes 8 de Noviembre.

SENADO

Sesión tranquila sobre derechos arancelarios del maíz, reclutamiento de la marina de guerra é intento de debate del presupuesto del ministerio de Gobernación.

Se intentó esa discusión, pero el Sr. Polo y Peyrolón pidió que se contase el número... y se levantó la sesión.

CONGRESO

Iglesias, el de Lerroux, pide ampliaciones al último indulto general, hasta el punto de que á los penados que se hallan en el cuarto período se les vaya indultando á medida que lleguen á él.

Esta manera de abrir las puertas de los establecimientos penales no le pareció bien, ¡naturalmente!, al señor ministro de Gracia y Justicia, que se negó á acceder á lo solicitado por el lugarteniente de Lerroux.

La puerta falsa.

El gran legislador y arreglador del Universo, el Sr. Romeo, trata sobre funcionarios del Estado, y concluye rogando al Gobierno que se cierre la puerta falsa por donde se meten en los ministerios meritorios, aspirantes, sustitutos y otros señores. Pues... que se cierre esa puerta.

Los defensores del orden, los radicales.

Se trata sobre el incidente ocurrido en el teatro-circo Villar, de Murcia, en donde los primates del lerrouxismo se proponían dar un *meeting* el domingo 3 del corriente.

Sobre este desaguisado se traba un debate entre el respetable ex ministro de la Gobernación Sr. La Cierva y el Sr. Albornoz.

En cuanto á la contundente intervención del Sr. La Cierva, en otro lugar de este número encontrarán nuestros lectores noticia detallada.

La peroración del diputado radical tiene su parte de gracia, puesto que arrogantemente atribuyó á los conservadores murcianos todo lo que allí pasó, quedando éstos como peligrosos revolucionarios, y los radicales como unos pobrecitos defensores del orden.

«Si en Murcia no ocurrió nada el domingo fué por consejos de los jefes republicanos»—decía el Sr. Albornoz. Si; de hoy más debemos dormir tranquilos, porque los republicanos radicales se dedican á predicar por toda la península el orden, la paz y el concierto entre los príncipes cristianos.

Terminado este incidente, continúa el debate sobre el presupuesto de liquidación. Primero sostienen un *corps-à-corps*, los señores Urzáiz y presidente del Consejo de ministros; después interviene brevemente el Sr. Azcárate, y más tarde echa su cuarto á espadas D. Pablo Iglesias, que consume un turno en contra.

Hablaron también, censurando ese presupuesto, los Sres. Maciá y Senantes, y á pesar de tanta oposición, quedan aprobados los artículos primero, segundo y tercero en tranquila votación ordinaria.

Sábado 9.

SENADO

El Sr. Ugarte da otro toque á la seguridad personal del Banco de España, á propósito del robo, atraco ó escamoteo de una cartera, suceso vulgar, que lo mismo pasa aquí que en cualquier otra parte del globo terráqueo.

Sigue el maíz, sigue el reclutamiento de la marina y aparece un nuevo asunto: un suplemento de crédito de 28 millones de pesetas para el ministerio de la Guerra, cuyo dictamen es combatido por el senador conservador Sr. Alvarez Guijarro.

Al intervenir el ministro de la Guerra hace notar que no es exacto como maliciosamente se ha hecho correr por todas partes, que la movilización, con motivo de la huelga ferroviaria, haya costado catorce millones de pesetas.

Se discute muy prolijamente el presupuesto del ministerio de la Gobernación.

CONGRESO

Se trata del presupuesto de Fomento, in-

Aplaudimos la ausencia de Pablo Iglesias en el entierro de Canalejas. No tenía sitio allí.

terviniendo en la discusión bastantes diputados, entre ellos el Sr. Romeo, que nos va resultando ya inevitable.

El diputado militar Sr. Amado hace una pregunta de mucho interés acerca del *meeting* ferrerista, y después de protestar de que un Gobierno monárquico pueda tolerarlo, dice que la glorificación de Ferrer no puede realizarse con arreglo á las leyes vigentes. «Alrededor de esa figura hay algo que se relaciona con el honor de la Patria, con el Rey y con el Ejército», dice el Sr. Amado, añadiendo, que no puede olvidarse que el Ejército se hizo responsable de lo que sus compañeros acordaron en el Consejo de Guerra.

El señor presidente del Consejo de ministros dice que no tiene, dentro de la legislación vigente, autoridad para impedir ese mitin.

Está bien; pero es muy triste, tristísimo, que unos cuantos españoles, despañolizados, se dediquen á vociferar contra la Patria, que no son otra cosa ciertas campañas hechas á impulsos de ruines móviles políticos.

Lunes 11.

SENADO

El señor conde de Casa Valencia ruega, al señor ministro de la Gobernación, después de extenso preámbulo, que presente un proyecto de ley concediendo... el voto á las mujeres.

Unos señores senadores se ríen, otros muestran su extrañeza y otros reflexionan.

Los Sres. Lastres y Polo Peyrolón se ocupan del recargo de 2 por 100 en la contribución, con destino á las Cámaras de Comercio; recargo que nosotros no hemos podido aún digerir.

En la orden del día, suplementos de crédito y presupuestos y otras cosas de menor cuantía.

CONGRESO

En ruegos y preguntas, el diputado republicano Sr. Santa Cruz reproduce el asunto de las propagandas radicales por provincias, y lo hace en tono comedido y hasta respetuoso para el Sr. La Cierva; extremo que este señor, en su contestación, hizo resaltar.

El resto de los ruegos y preguntas fué de un interés relativo.

Se reanudó en la orden del día la discusión del presupuesto de Fomento, y suspendida esta discusión, se trata del presupuesto de liquidación, para cuyo destino pide mayores garantías el Sr. Nougués.

Después de contestarle, por la Comisión, el Sr. Suárez Inclán, resume brillantemente el debate el Sr. Canalejas, lamentándose de que se susciten aún desconfianzas de cómo el Gobierno va á emplear ese dinero.

En párrafos briosos, como la mayor prueba de probidad, es no haber traído hasta ahora ese empréstito, dedicado á satisfacer sagradas obligaciones.

Dice que el día de mayor satisfacción de su vida fué aquel que la Cámara le concedió un crédito para atender á gastos de Africa, sin necesidad de discusión ni de detalle, poniendo el Parlamento todo su confianza en su probidad y patriotismo que no le permiten distraer un céntimo en aquello que no sea absolutamente necesario.

Martes 12

SENADO Y CONGRESO

Martes, día fatal, día aciago, día de perdurable memoria, en que una mano criminal quita la vida á un gran patriota, á una gran inteligencia.

Las dos Cámaras no pueden legislar ni discutir sobre un asunto á un mismo tiempo; sin embargo, un tristísimo asunto es tratado en la misma tarile por el Parlamento. Desgraciado privilegio.

Dada cuenta en una y otra Cámara del vil asesinato del ilustre presidente del Consejo de ministros, se levantaron las sesiones en señal de duelo, después de discursos conmovedores del presidente interino del Gobierno, Sr. García Prieto, del Sr. Montero Ríos y del señor conde de Romanones.

¡El gran parlamentario, el gran polemista, el invencible orador... ya no existe!

Justicia, libertad y Monarquía.

Ayuntamiento de Madrid

LA VOZ DE LOS PATRIOTAS VIRILES EN EL PARLAMENTO

Discurso de D. Juan de La Cierva contestando á los radicales retadores.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Cierva tiene la palabra.

El Sr. CIERVA: No tenía, señores diputados, la menor noticia de que en la tarde de hoy se hubieran de hacer las manifestaciones que ha hecho el Sr. Albornoz. Yo me enteré, como es natural, por la Prensa, de los sucesos de Murcia; tuve luego referencias más directas de personas de allí; leí que se proponían algunos señores que habían intervenido en el *meeting* de Murcia plantear aquí un debate, y he venido todos los días porque estaba bien seguro de que el debate que se promoviera principalmente iría contra mí ó contra personas de mi mayor afecto, por hallarme unido á ellas por vínculos de parentesco ó de amistad. Leí luego que no se trataba de plantear ese debate, porque el señor presidente del Consejo de ministros había dado toda clase de seguridades, que sin duda no las tenía antes de hablar con mi respetable amigo el Sr. Canalejas el jefe de la minoría radical, Sr. Lerroux. Por consiguiente, comprenderán los señores diputados que yo no he podido en la tarde de hoy traer muchos antecedentes y tal vez documentación que completara el relato que ha hecho el Sr. Albornoz. Además, lo confieso, me proponía inhibirme de este debate ó lo que fuese, en el caso de que la acusación ó los ataques no fueran de tal naturaleza que tuviera necesidad de intervenir; pero ya me veo obligado á hacerlo, porque claro está que en la tarde de hoy el Sr. Albornoz, con discreción y frase mesurada ha expuesto los sucesos, pero de tal manera los ha presentado, que sin asegurarlo ha deslizado la idea de que en la casa de mi propio hermano se fraguó eso que se llama atentado. (El señor Albornoz: Lo he dado como un rumor.) Bien; como un rumor que se trae aquí; como se trae aquí el rumor y no sé si la afirmación de que se ha cometido un delito por una persona cuyo nombre queda en el *Diario de las Sesiones*.

Y todo eso, después de las protestas de que elementos que se llaman cultos hayan sido los que realizaron esos actos, naturalmente lo que significa (hablemos claro que es conveniente que así lo hagamos) es que estos señores necesitan presentar á mis amigos de Murcia, y á mí en primer término, como unos hombres que no permiten que en la tribuna pública se ejerciten los derechos que están amparados por la ley.

Supongo que no habrá ningún señor diputado que no esté convencido de que yo he tenido necesidad de prescindir muchas veces de defenderme de ataques que se me han dirigido dentro de la Cámara y fuera de la Cámara. Si hubiera de dedicarme exclusivamente á discutir lo que de mí se dice, y á rechazar los ataques que se me dirigen, también estoy seguro de que los señores diputados comprenderán que yo no tendría tiempo para nada más, y yo necesito el tiempo para otras cosas. En fin, esto que ahora se debate exige que yo diga, no mucho, pero sí algo al Parlamento.

Tengo demostrado, me parece, que no he sido rencoroso ni cruel para perseguir á los que me han atacado, pues cuando yo tenía en mi mano un gran poder, que siempre tiene quien ocupa un Ministerio, y el Ministerio de la Gobernación, es notorio, señores diputados, que á Murcia, donde yo he nacido, y donde tengo familia, y mis amigos principales, y á la capital del distrito que tengo el honor de representar, han ido diputados de oposición y de ideas radicales, ¿á qué? ¿Ha sido, como decía el señor Albornoz, á predicar la doctrina, á hacer la propaganda del partido republicano? Tal vez fuera ese su pensamiento; pero, en fin, la palabra, sin duda, no respondió á él, porque todo lo que sonó fué injurias, denuestos, ataques personales al diputado que tiene el honor de dirigiros la palabra, y, sin embargo, yo creo que tengo como un título que me honra que en aquella ocasión, estando yo en el propio Ministerio de la Gobernación, no se perturbara el orden, ni á aquellos oradores que tales actos realizaban se les ocasionase daño de ninguna clase, ni siquiera la persecución por los delitos que habían cometido.

Con estos antecedentes creo que quien desapasionadamente me juzgue, y juzgue á

los que me siguen en el consejo y en la dirección que yo les dé, habrá de comprender que no somos capaces de hacer cosa que no hemos hecho cuando con gran facilidad la pudimos realizar, y que no está ni en nuestras costumbres, ni en nuestra intención, ni en nuestros propósitos, impedir que en la tribuna pública se haga la lícita propaganda que las leyes consienten.

¿Por qué, pues, en Murcia se han producido esos sucesos? Yo he de decir que ni por mi propia familia me levantaría yo aquí á amparar á nadie que hubiese cometido delito; no pido más sino que imparcialmente, por los Tribunales de la nación, se juzgue á los que los hayan cometido y se les castigue, si ha lugar á ello. Pero el señor Albornoz ha descrito los hechos de tal manera que yo necesito decir algo de lo que sé, y lo que sé es que en el mes de Noviembre, me parece que de 1910, el Sr. Lerroux con otros compañeros suyos y diputados organizaron un *meeting* en la propia ciudad de Murcia, y nadie le dió importancia, es decir, de los elementos monárquicos de Murcia, que los hay, é importantísimos, nadie dió importancia al *meeting* cuando se anunció. ¿Uno de tantos! A aquella cultísima ciudad han ido propagandistas de todas las ideas, y no he oído que se hayan quejado de cómo el público murciano les trató. El Sr. Alvarez, el Sr. Azcarate, no sé si el Sr. Iglesias (D. Pablo) han ido allí, han pronunciado sus discursos en los *meetings*, en las reuniones, y han dado conferencias y, repito, yo no he oído queja alguna de que el público murciano, los elementos monárquicos sobre todo, hayan tenido desatenciones con ellos.

Pero aconteció que en ese *meeting* del mes de Noviembre de 1910, algunos de los oradores, allí, en Murcia, dijeron, por ejemplo, que yo era el oprobio de la ciudad, que la ciudad estaba deshonrada porque allí hubiese nacido yo, y otras cosas por este estilo. (El Sr. Santa Cruz: Le han engañado á S. S. No se ha dicho nada de eso.) Ahora, no. (El Sr. Santa Cruz: Ni entonces tampoco.) En 1910, sí. (El señor Santa Cruz: Repito que han engañado á S. S. Yo aseguro á su señoría que no es verdad eso que le han dicho. Pido la palabra.)

Yo siento mucho molestaros, señores diputados, con lecturas; pero por lo mismo que creo que no vais á juzgarme á mí, sino á otros, conviene que sepáis esto:

«En esa hermosa ciudad, los serviles del funesto cacique, que para deshonra de ella es vuestro paisano, y por ella escaló el alto sitial desde el que dirigió su tiranía.» Este es un párrafo. El Sr. Santa Cruz estaba allí. (El Sr. Santa Cruz: Por eso puedo decir y afirmar que no oí semejante cosa y que se guardó profundo respeto á todas las personas, por circunstancias que expondré á la Cámara.) «Eso aplausos estruendosos —dice otro de los oradores— es la protesta de un pueblo noble, y yo la recojo para llevarla al Parlamento y poder decir en él que, no solamente en Barcelona, Sevilla, Valencia y demás poblaciones que, obediendo á nuestra consigna, levantaron sus protestas contra los sicarios arrojados del Poder por la sociedad entera, sino esta hermosa ciudad, último baluarte de la tiranía de un cacique que mereciendo la horca, se le castiga con el desprecio.» (Rumores.) Y esto se dijo allí ante mis amigos, ó lo que supieron mis amigos, los que tienen el mal gusto de serlo, los que me han acompañado durante toda mi vida desde la niñez en el afecto. Allí estaba el Sr. Santa Cruz, que fué condiscípulo mío en el Instituto de Murcia, y por eso es natural que no oyerá que se decía eso de mí. (El señor Santa Cruz: Le aseguro á S. S. que no lo oí.) Y yo lo creo, no lo pongo en duda, lo que me extrañaría sería que estando allí el Sr. Santa Cruz no protestase. Yo estoy acostumbrado á toda clase de injurias y de ataques políticos; pero á mí me parece que cualesquiera que sean las ideas que de mí se tengan, y de los actos que yo hubiese realizado, y aun los odios que contra mí se sientan, se debe guardar á la persona, por lo menos el respeto que hasta á un perro se le guarda. (El Sr. Santa Cruz: Por lo que á mí se refiere puedo asegurar que nunca

he faltado al respeto á las personas.) Está bien. Lo que quiero hacer constar es que estos señores que ahora vienen hablando del derecho de la tribuna pública, y de que los elementos conservadores de Murcia han ido á interrumpir un acto de propaganda de doctrina republicana tenían este triste precedente, y aconteció, yo lo reconozco, que muchos elementos monárquicos, elementos conservadores, personas muy distinguidas de la sociedad murciana, fueron á ese *meeting*, y fueron á él, entre otras cosas, porque nadie les privaba de ello, porque sus señorías, los organizadores de ese *meeting*, cobraron las entradas (Risas), y las pusieron á la venta pública. (El Sr. Albornoz: No es exacto.) ¿No es exacto? Sr. Albornoz, perdóneme S. S., de los hechos que allí pasan estoy mejor enterado que su señoría. Se pusieron á la venta las localidades, y hubo muchos conservadores que dieron su dinero, tomaron sus entradas y fueron allí, evidentemente recordando lo que se había dicho de mi propia persona, dispuestos á no consentirlo.

Yo no aplaudo que hubieran ido á no consentirlo; pero yo no puedo enojarme con esos amigos porque fueran allí. Sinceramente lo declaro, y deploro como el que más que allí se hiciera un disparo y hubiera un herido, lo deploro y celebro que no esté herido de gravedad como se ha dicho, porque, según mis noticias, las lesiones no tienen importancia. Pero, ¿qué le vamos á hacer! Yo soy de los que se van conveniendo de que mientras las personas de orden en España, las personas honradas en España no tengan tanta audacia como tienen los otros, España no podrá progresar. Cuando yo fui á Oviedo, también en propaganda, se dió el caso de que me silbaron (porque yo no oculto que me silban), é intentaron impedirme hablar en el *meeting*; pero no vine al Parlamento á quejarme ni á pedir al Sr. Canalejas que nombrase jueces especiales, que llevase á la cárcel á todo el mundo, no dije absolutamente nada.

Pues bien; cuando eso sucede, y cuando vosotros estáis enseñando á todo el mundo cómo en Barcelona se recibe al Sr. Alvarez y á otras personas, ¿podéis extrañar que con esos antecedentes que he dicho haya quien se acalore, quien vaya á los *meetings* y cometa, si queréis, una ligereza? No; vosotros no podéis extrañarlo, y ahora os digo que tenéis perfecto derecho para pedir que se administre justicia, que yo me uno á vosotros cuando lo pedís; pero fuera de este recinto la gente se va á reír mucho cuando oiga que vosotros pedís justicia, y para cosas de esas. ¿Si vosotros no hacéis otra cosa!

Después de leer en la Prensa que el señor Lerroux había requerido al Sr. Canalejas para que adoptara toda clase de medidas á fin de que no quedaran impunes aquellos delitos, pensé que también podía yo haberle dicho al presidente del Consejo si eso de aconsejar el empleo de la dinamita allí, en Murcia, por el Sr. Lerroux, y aquello otro de decir desde el escenario del teatro lo de retorcer el pescuezo (creo que fué la frase) á los que gritasen, porque si no serían unos gallinas, no significa nada. Pues yo no he dicho nada, ni he pedido nada, y he dejado que las autoridades gubernativas y los Tribunales de justicia obren como entiendan que deben obrar.

Me hago cargo de todos los apasionamientos; pero, en fin, he querido explicar ahora lo acontecido en la ciudad de Murcia por sus orígenes remotos, y, por último, he querido protestar contra el hecho de que el Sr. Albornoz, con toda la suavidad de forma que antes he reconocido, no haya tenido una palabra de protesta contra lo que sus periódicos han dicho de lo que allí aconteció, ni contra las groseras injurias que en esos periódicos se han dirigido contra mí y contra otras muchas personas, y contra el hecho de que hayan considerado SS. SS. necesario dejar en la ciudad de Murcia el recuerdo de la creación de un periódico, que ya ha aparecido, y que al lado del título lleva como gerente el nombre del Sr. Lerroux, y todas sus columnas llenas de injurias, de viles calumnias, contra mis amigos y contra mí. ¿Y ahora

sus señorías piden que eso quede impune y que se administre justicia! Yo bien quisiera que para todos hubiese justicia; pero quisiera que no estuvierais tan acostumbrados, sin duda, á ver facilidades en la policía y en los gobernadores, y contra los cuales no os oigo protestar como protestáis ahora.

Se concede la palabra al Sr. Albornoz. El Sr. CIERVA: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. CIERVA: Me perdonará el señor Albornoz que yo le diga que cuando solicita que creamos que relata los hechos con absoluta exactitud le recuerde que esa exactitud ni siquiera la ha tenido S. S. al referirse á lo que yo acababa de decir esta tarde, porque me ha atribuido nada menos que la apelación á la fuerza, el aplauso al empleo de la fuerza, y no sé si del puñal.

Me parece, señores diputados, que yo me exprese con claridad para que no se explique esa afirmación de S. S. Yo no aplaudo que se apele á la fuerza; yo soy enemigo absoluto de toda violencia, pero digo que tales cosas vamos viendo en España y de tal manera estais acostumbrados vosotros al empleo de la fuerza y á procurar á todo trance la impunidad de todo delito y á hacer la apología de terribles delitos, de ataques personales, que tenéis poca autoridad para hablar de atentados, y para pedir justicia, y para solicitar jueces especiales, y para hacer todas esas protestas y todos esos requerimientos, porque fuera de aquí, y aquí sobre todo, se extrañará mucho el que vosotros hagáis todo eso.

Y cuando yo trataba esta cuestión dije, que en España, mientras los hombres de bien, y los que se llaman hombres de orden, y los hombres educados no lleguen á tener tanta audacia, si es preciso para defender sus derechos, como tienen otros para atacarlos, no podremos marchar. Eso dije, y eso repito ahora. Y cuando un día y otro día os ven á vosotros que va á Barcelona un correligionario vuestro, pero que no os conviene que hable, y no le dejáis hablar, y otro día va el Sr. Lerroux á Bilbao, y tampoco le dejan hablar; venir aquí, ante la Cámara, á pedir que se impida que el derecho de tribuna libre se perturbe, es algo que contribuye á que nadie crea en lo que aquí se dice, porque nadie es sincero.

Eso es lo que yo he dicho y, aunque no tengo aquí todos los papeles, porque ya dije antes que no sabía que se iba á tratar de este asunto, por casualidad llevo algunos en el bolsillo (Risas), y he de leer los párrafos de una carta de una persona importante de Murcia que dice: «Los radicales organizaron este *meeting*, según dicen, «á la americana», poniendo precio á las localidades: 10 pesetas por las plateas, una por las butacas y lo que quisieran dar por las entradas. Del uso que hacían de la recaudación baste decir que á un amigo nuestro que había dado no más de siete pesetas por una platea le pidieron que el resto lo emplease en vino, para beberlo en compañía de algunos individuos de la Junta del Círculo lerrouxista.» (El Sr. Albornoz: Eso es una majadería.) Esto acredita que los radicales estaban bien enterados de que algunos elementos monárquicos iban al *meeting*; como que tomaban su dinero. (El señor Albornoz: A los que se emborrachaba era á los huertanos correligionarios de su señoría, manadas inconscientes de borregos... Fuertes rumores y protestas.) Ya sé que los monárquicos para vosotros son rebanos, los que gritan: «¡Viva el Rey!» y «¡Viva el Ejército!» son borregos para vosotros, ya lo sabemos; cualquier cosa son para vosotros, porque es ahora cuando empezáis á oír esos gritos en la masa, y yo tengo la esperanza de que los oiréis más.

Por último, Sr. Albornoz, S. S. ha dicho que no ha imputado á un hermano mío la comisión de ningún delito, y afirma que eso que le han dicho de que en su propia casa se realizó la reunión, lo dijo refiriéndose á un político. No sé si esa distinción sutil habrá alguien que la admita. Se trata, en efecto, de un senador hermano mío, y S. S. ha supuesto aquí, ante la Cámara, que allí en una reunión pública se dió por enterado (y digo pública porque hasta dice

que elementos prestigiosos del partido conservador protestaron de aquello, y esa es antigua canción vuestra; pero allí, en Murcia y entre nosotros no hay de esos, tenga su señoría la absoluta seguridad, se dió por enterado de todo lo que pasó en esa reunión, y supone S. S. que allí se preparó el atentado y el crimen. Todo eso ha dicho S. S., y comprenderá la Cámara que estando yo aquí tenía que levantarme para decirle á S. S. que está absolutamente equivocado. (El Sr. Albornoz: Lo daba como un rumor.) Pues han equivocado á su señoría. Y S. S. ha tenido la atención de declarar aquí, espontáneamente, que sus noticias son que un sobrino carnal mío hizo ese disparo. (El señor Albornoz: Lo he rectificado en seguida.) Pero todavía circula en vuestros periódicos con su nombre y apellido, porque ese apellido os sirve para decir que un sobrino mío ha hecho un disparo, así, afirmándolo, no como rumores, y lo publicáis con gruesos caracteres en vuestros periódicos; esa es vuestra manera de proceder, y esos son los que aquí piden justicia y castigos severos.

Rectifica el Sr. Albornoz.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Cierva tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CIERVA: Su señoría parte del hecho, que reputa cierto, de que mis amigos hicieron un disparo, y yo no sé quién hizo ese disparo, ni tengo derecho, aunque lo supiera, á decirlo aquí, aunque hubiera llegado á mí una referencia. Sobre un suceso que es objeto de una investigación judicial, yo no tengo derecho á hablar ni á exponer mi opinión; pero sí censuro en todo caso la violencia, censuro el delito, y he hablado por eso antes, y la Cámara me lo habrá perdonado, de antecedentes personales míos.

Cuando yo ocupaba puestos oficiales procuraba, en lo posible, evitar que se realizaran hechos de esa clase; pero en eso de la violencia, en todo caso hay que distinguir, porque cuando un hombre se ve agredido, en las leyes está expresado el ejercicio de la violencia, y á diario estáis vosotros ejerciendo la violencia en mil formas, y á diario también estáis pidiendo la impunidad, y por eso he dicho yo que si, en efecto, la impunidad resulta y los ciudadanos no tienen medio de defenderse contra las constantes agresiones, los ciudadanos tendrán que ejercerla.

Y á esto me refiero yo, y eso lo repito y eso lo he dicho muchas veces, y quiera Dios que sirva para advertiros que no puede ser camino de flores el que vosotros seguís, porque todavía queda ciudadanía en España para atajaros en ese camino, si fuera menester.

¡LOS TENDREMOS MUY PRESENTES!

Renglones de «El Imparcial».

«Pero sacada del incidente parlamentario esta poco grata deducción, hay que reconocer que la indignada protesta del señor Albornoz y de sus correligionarios, los radicales, perdía mucha de su fuerza moral al simple recuerdo de pretéritas y no muy lejanas andanzas. En sus meetings, en sus periódicos, en las diarias manifestaciones de la vida pública, han puesto los correligionarios del Sr. Lerroux tanta pasión y tanta acometividad contra el Sr. La Cierva que ahora, al oír su querrela, precisamente porque los amigos del ex ministro conservador han

apelado acaso á procedimientos poco defendibles, pero no desconocidos ni mucho menos, por los radicales, la gente da por hacer memoria, y de los nuevos recuerdos acaso surge, si no la disculpa de los hechos punibles, por lo menos la atenuación. No están en disposición muy adecuada para condenar ciertas extralimitaciones de la pasión quienes otras veces apelaron á ellas. Las equivocadas campañas hechas en los periódicos radicales á raíz de las agresiones de que fué objeto el Sr. Maura; las suscripciones abiertas para favorecer á Posá; las incitaciones constantes á la violencia, se volvían ayer contra el Sr. Albornoz, restando eficacia á sus palabras.

El Sr. La Cierva, no pudo—claro está—disculpar lo que haya de punible en los sucesos ocurridos en el meeting, contaba ayer con el auxilio poderoso de los malos ejemplos, dados por los mismos que le increpaban y combatían.»

La condesa de Esteban Collantes.

En el hotel Bayona, de Biarritz, donde se encontraba con su familia desde este verano, falleció el día 9, á las tres de la tarde, la condesa de Esteban Collantes, tan querida en la sociedad de Madrid.

La distinguida dama ha muerto á consecuencia de un ataque cerebral.

La grave enfermedad ha tenido diversas alternativas, haciendo concebir esperanzas de salvación, que desgraciadamente no se han confirmado.

Rodeaban á la condesa en sus últimos momentos su amante esposo y sus hijas María y Manolita, á quienes deja sumidos en el más profundo desconsuelo.

La colonia española, que durante la enfermedad de la condesa no ha dejado un solo día de acudir á informarse de su salud, ha ido en masa al hotel Bayona para testificar su duelo.

A nuestro ilustre colaborador y querido amigo el conde de Esteban Collantes y á sus hijas, enviamos el testimonio del más profundo pesar.

UN MARQUESADO APLAUDIDO

Nada más digno de loa que la nación trate de enaltecer por todos los medios posibles el apellido ilustre de Canalejas.

S. M. el Rey ha hecho merced del título de marquesa de Canalejas á la señora viuda del ilustre patricio.

Además se trata de conceder á la familia del finado ex presidente una pensión de analogía importancia á la concedida á la viuda de Prim.

Extremadamente plausible nos parecen ambos acuerdos: Ni el Rey ni el pueblo pueden olvidar á quienes les sirven.

RECORRIENDO ESCENARIOS

COMICO.—*Lances de amo y criado*.

Es por demás plausible el criterio ecléctico en que Chicote se inspira para la elección de obras. Tras un melodrama truculento nos sirve un vodevil chistoso, y junto á una emocionante novela en acción, la flor delicada de una comedia clásica. El público agradece esta variedad, que le evita la odiosa monotonía, y Chicote triunfa como actor y como empresario.

El anuncio de *Amo y criado* en los carteles del teatro Cómico sorprendió á muchos; no así á los que recuerdan los comienzos de la carrera artística de Enrique Chicote, para los cuales no es un misterio que empezó á distinguirse interpretando los graciosos de las obras clásicas. La regocijada comedia de Rojas, diestramente refundida por Tomás Luceño, le está que ni hecha á medida al popular actor. Es imposible que otro saque más partido del grotesco personaje que encarna y de las jocosas situaciones que se suceden en el transcurso de la acción.

Las tradiciones del teatro Cómico exigen que las obras en él representadas tengan música: de aquí unos cuantos números «intercalados en el texto», que no añaden, y casi merman, el mérito de la comedia. Carece ésta en absoluto de situaciones musicales, y es en vano que hayan querido buscarlas. Sobran en absoluto las semifusas. Y no hay que culpar por ello al refundidor ni al músico: Luceño hizo cuanto pudo, y Calleja exprimió el magín batallando con lo imposible. Es, sencillamente, que no había ocasión. Pudo Luceño hacer una excelente zarzuela de *Entre bobos anda el juego*, porque vió en esta comedia situaciones musicales, que dieron margen á uno de los más legítimos triunfos de Amadeo Vives. Pero con *Amo y criado* no sucedía

lo mismo. No obstante, el número de entrada es lindo, y también el otro del segundo acto, en que Loreto luce su sal inagotable.

Lances de amo y criado no será «obra de taquilla» que llene muchos días el teatro Cómico; pero es patente del buen gusto y la loable orientación artística de Chicote.

Muy estimable el conjunto de ejecución, destacando las señoritas Franco y Medero; esta última supo sacar gran partido de su papel, un tanto ingrato, declamando con maestría el bellísimo parlamento de su primera escena.—A.

Banco de España.

Desde el día 15 del corriente se pagarán los intereses de la Deuda Amortizable al 5 por 100 de vencimiento de dicho día, á los portadores de talones de la Dirección general del ramo, hasta el núm. 1.725 y hasta el núm. 36 de los de títulos amortizados de dicha Deuda.

Los correspondientes á los números sucesivos se pagarán á medida que se reciban los avisos de la citada Dirección.

Asimismo se pagarán los intereses de igual vencimiento de dichos valores á los que los tengan depositados en este Banco.

Madrid, 13 de Noviembre de 1912.—El Secretario general, Gabriel Miranda.

Intento de exhumación.



Rodrigo (filosofando)—Me parece que lo que hacemos es abrir nuestra sepultura.

DE DION-BOUTON - AUTOMÓVILES

ENTREGA INMEDIATAMENTE

47, PASEO DE LA CASTELLANA, 47, MADRID

MODELOS 1912

12 / 16 HP
4 cilindros 70 x 130
Puesto en Madrid
Francos, 8.650

14 / 18 HP
4 cilindros 80 x 140
Puesto en Madrid
Francos, 10.200

20 / 24 HP
8 cilindros 70 x 130
Puesto en Madrid
Francos, 14.000

CAMIONES
OMNIBUS
MOTORES INDUSTRIALES

AUTOMÓVILES DE DION-BOUTON